



CORRESPONDENCIA

JERUSALÉN

Primeras impresiones de un peregrino en Tierra Santa.— En el Santísimo Sepulcro

LA Basílica del Santo Sepulcro es, á no dudarlo, continúa el R. P. Fr. Ramón García Muñíos, misionero franciscano (*V. pág. 145*), el Santuario más grande de la tierra; es, mejor dicho, un conjunto de santuarios los más sublimes y augustos que venera el mundo cristiano.

Desde la cuna misma del Cristianismo vieron aquí los fieles nuestros antepasados, el lugar sacratísimo donde reposó tres días con sus noches el Cuerpo difunto del Salvador, y donde, desatado de los lazos de la muerte, triunfó del imperio del mundo y del infierno, resucitando glorioso para nunca más morir, y siendo garantía y norma de nuestra futura resurrección. Después se postraron y veneraron con la Virgen Santísima en el Monte Calvario, donde Jesús dió su vida y derramó hasta la última gota de su sangre por rescatar la sangre y vida del hombre pecador.

¡Qué conmovedor es aun al presente arrodillarse en el sitio preciso donde estaba la Virgen con el Discípulo Amado cuando el moribundo Jesús pronunció aquel tierro *Mulier, ecce filius tuus... ecce Mater tua!* Basta verlo, contemplar la hermosísima imagen de Maria dolorida, en cuyo altar celebramos los latinos el Santo Sacrificio, para sentirse uno fervoroso y derramar lágrimas de amor y ternura, y verlas derramar á una multitud de fieles de todas las naciones del mundo.

Entre el Calvario y el Sepulcro se encuentra la piedra de la Unción, donde José de Arimatea y Nicodemus, después de bajar de la cruz el cuerpo del Salvador, lo ungieron con aromáticas esencias, presenciando la atribulada Virgen esta insigne obra de misericordia, desde un sitio que hoy se distingue á mano izquierda y pertenece á los armenios cismáticos.

Al Norte de la sagrada Tumba se veneran los lugares donde Jesucristo, después de resucitado, se apare-

ció á su Madre amantísima y á la arrepentida Magdalena: ambos pertenecen á los Franciscanos.

Dirigiéndose hacia el Oriente se encuentra la llamada Cárcel de Cristo, donde según tradición, fué metido el Divino Reo mientras los verdugos reunían y preparaban todos los instrumentos de su suplicio. Bajando después en la misma dirección Este se llega á la capilla de Santa Cruz, donde, por la solicitud y munificencia de Santa Elena, fueron descubiertos los signos de la Pasión, la cruz, clavos, etc. Un poco al Sur se encuentra el lugar donde los sayones se repartieron entre sí los sagrados vestidos de Jesús. Y entre estos Santuarios, propios todos de la Santa Basílica, como que ocupan el lugar preciso que les corresponde en la historia de la Pasión del Redentor, se ven las columnas de la

flagelación y coronación de espinas, traídas aquí en siglos anteriores para su mejor custodia y veneración.

En una palabra, y por no hacer interminable con los detalles esta sencilla enumeración, cada palmo de terreno, cada losa de este grandioso templo, guarda un recuerdo y tiene una historia, y habla un lenguaje elocuentísimo, é infunde ideas y pensamientos inefables á la lengua del pobre mortal. En todas partes, en los lugares más públicos como en los ángulos más interiores y oscuros, se ven los peregrinos besar las piedras y orar devotamente, sean latinos, griegos, rusos, armenios, coftos, sorianos, etc., etc. ¿Y quién no se siente inundado de devoción y ternura delante de la piedra donde fué ungido el santísimo cadáver del Redentor?

¿Quién no siente intensa alegría al visitar la capilla de la Aparición, donde Jesucristo resucitado consoló á su afligida Madre? ¿Quién no admira el amor de Jesús en el sitio mismo donde, bajo el exterior de hortelano, se manifestó á Santa María Magdalena? Y así podríamos ir recorriendo todos y cada uno de los santuarios que adornan y enriquecen infinitamente la augusta Basílica.

Desde la Santísima Virgen hasta la madre de Constantino el Grande, desde Santa Elena hasta Godofredo de Buillón, desde los cruzados hasta nuestros tiempos, no pasó un solo día en que se dejasen de visitar y venerar monumentos tan sagrados. Verdad es que pasó el templo, lo mismo que la Santa Ciudad, por épocas de crisis y lamentables conturbaciones; vió á la idola-



ILMO. JULIAN MARÍA DUNAND, de las Misiones Extranjeras de París. (*Pág. 242*)

tría enseñorearse de los lugares más distinguidos, pretendiendo suplantar con falsas creencias los más venerandos recuerdos; vió extenderse muchas veces la destrucción y la ruína sobre sus muros gigantes y fábrica maravillosa; vió cebarse la avaricia en sus inmensos tesoros; pero nunca se vió del todo abandonado, porque la fe trajo siempre aquí multitud innumerable de peregrinos de los pueblos más apartados.

El emperador Adriano (II siglo de Jesucristo) mandaba colocar la estatua de Venus en el santo Monte Calvario, y la de Júpiter en el Sepulcro, para profanar aquellos lugares é impedir la adoración que allí tributaban á Jesús los cristianos. Cosroes destruía en 614 la ciudad de Jerusalén, y con ella la suntuosa Basílica mandada edificar por Santa Elena, llevándose al mismo tiempo, como trofeo de sus victorias, el santo madero de la cruz, que catorce años más tarde recuperaba el emperador Heraclio, llevándola en sus propios hombros al templo ya reconstruido, y colocándola en el mismo punto que seis siglos antes había ocupado con el Redentor pendiente de sus brazos (1).

Vinieron los cruzados (1099), y con el reinado del piadoso y bravo guerrero Godofredo de Buillón se inauguró para la santa Basílica una era de paz y de ventura que desgraciadamente duró menos de un siglo, siendo tomada y asolada la Ciudad por Saladino, emperador musulmán (1187). Después de la victoria del fiero Saladino y caída del reino cristiano de Jerusalén, el santo templo hubo de pasar por una serie de vicisitudes que sería prolijo enumerar aquí. Los peregrinos cristianos viéronse obligados á sufrir toda suerte de vilipendios, exacciones y persecuciones. Nuestra Seráfica Misión de Tierra Santa, fundada por el mismo Patriarca San Francisco (1219), tiene una historia brillantísima de sufrimientos y martirios, hoy inconcebibles para cuantos intentan desprestigiarla á los ojos de los ignorantes, pero muy reales á la vista de los que saben apreciar en su valor la guarda continua de los Santos Lugares de nuestra Redención á través de siete siglos, y la celebración del culto católico entre turcos, judíos y cismáticos.

Pero ¡cosa maravillosa! esas contrariedades, esos martirios y sufrimientos de todo género sirvieron para afirmar más y más la autenticidad y veneración de los Lugares Santos. Ni la idolatría de los paganos, ni la avaricia de los musulmanes, ni el odio de los judíos, ni la vileza de los disidentes pudieron contribuir á otra cosa, sino á dar más claros reflejos á esa hermosa cadena que llamamos tradición y que ya desde el punto mismo de morir y ser sepultado el Salvador se eslabonó por el curso de diecinueve siglos.

Cuando Adriano mandaba colocar las figuras de Venus y Júpiter en el Calvario y en el Sepulcro, lejos de borrar de la memoria de los cristianos el recuerdo de aquellos venerandos lugares, lo avivó más, contribuyendo á que nadie pudiera dudar de su autenticidad consignada por el mismo Emperador romano. Cuando los musulmanes, por odio al Cristianismo mandaban demoler el templo, y cubrían de escombros é inmundicias los Santuarios, y mataban atrozmente á los Reli-

giosos custodios, y robaban las alhajas de oro y plata, etc., daban por irrefragable la verdad de la historia y ponían en evidencia la tradición constante de los mismos sectarios de Mahoma.

Y respecto de los judíos puedo afirmar que, si presentándose á Pilatos para que mandase guardar el sepulcro del *Seductor* por temer una superchería de sus Discípulos, y ofreciendo después dinero á los guardias para que urdiesen aquel necio embuste de que se ríe San Agustín, fueron los que mejor y más pronto contribuyeron á dar universalidad al glorioso acontecimiento de la Resurrección de Jesucristo, hoy con su horror y odio á este lugar sacratísimo, que llaman *Casa quemada* (1), son los que le dan mayor autenticidad, gloria y grandeza; pues, si lo aborrecen, por algo será, por algo que á ellos debe de dolerles infinitamente. Que, si ellos tienen horror al Sepulcro de Jesús, también son odiados, no sólo dentro de su recinto, sino en sus mismos alrededores, por los cuales les está prohibido atravesar so pena de sufrir tremendo castigo, que á veces puede costarles la vida. Quien de ellos se atreva á acercarse á la Basílica, aunque lo haga de incógnito (caso poco menos que imposible, porque se distinguen de todos ya por su semblante melancólico, ya por su porte avieso y repugnante), se verá acorralado por turcos y cismáticos, como pieza de caza alcanzada por muchos perros; será abofeteado, pisoteado, quedará mal parado, quizá muerto, sin que nadie contraiga responsabilidad alguna delante de la justicia humana.

A propósito, recién venido aquí, me han contado, y baste de ejemplo, que en cierta ocasión un hebreo tuvo la osadía de pasar á lo largo del atrio de la Basílica. Un turco que lo vió, se abalanzó sobre él, lo aporreó fuertemente, dejándolo casi exánime tendido en la calle. Y al afearle algún cristiano católico aquel atropello ejecutado cobardemente con un pobre indefenso, contestó muy satisfecho de su hazaña: «que le había hecho un favor en *castigarlo*, pues si otro menos compasivo lo coge antes, *lo mata*, sin tener que dar cuenta á nadie del homicidio.»

SU-TCHUEN OCCIDENTAL (China)

Progresos de la fe y dificultades del apostolado

El Ilmo. Dunand, obispo titular de Caloe y vicario apostólico (*V. su retrato en la pág. 241*), que fué herido en las turbulencias del año último, nos escribe desde su lejana Misión:

El resultado de un año de trabajo y abnegación de los obreros del Padre de familias han sido más de cincuenta mil confesiones y treinta mil comuniones.

Ocioso es repetiros que trabajamos en un terreno ingrato y difícil. Los chinos, persuadidos de que son seres superiores, menosprecian á los extranjeros y su doctrina. El mal ejemplo de los mandarines, el abuso universal del opio, y sobre todo el demonio sordo y mudo del Evangelio, hacen que estos hombres estén casi invenciblemente apegados á sus errores.

Los dones de Dios son preciosos, pero el de la fe lo

(1) Breviario Romano, 14 de Septiembre.

(1) Así lo aseguró un dragomán de los Padres Franciscanos.

es sobre todos, y hay que vivir en medio de los incrédulos para apreciarlo debidamente. La fe transforma hasta la fisonomía de un hombre, y un misionero ejercitado distingue á primera vista un cristiano de un infiel.

A pesar de todos los obstáculos tenemos aquí verdaderos hijos de Abrahán, cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida. Nuestros cristianos antiguos se afirman en el verdadero camino, y cada vez se avergüenzan menos de pertenecer al *pusillus grex*. Salvo rarísimas excepciones, cumplen fielmente sus deberes religiosos. Ciertamente es que, para obtener tales resultados, no basta distribuir algunos libros de religión y algunas Biblias como hacen los protestantes, y pasar el tiempo respirando el embalsamado ambiente de una quinta, donde no falte comodidad alguna. Aquí, más tal vez que en otras partes, es preciso visitar en particular á todas las ovejas, sostenerlas con los Sacramentos y sobre todo instruírlas.

Las escuelas, nuestra preocupación mayor, cuestan caras, y este año nos han costado más de quince mil francos.

Un neófito bien formado podrá extraviarse, pero volverá á las enseñanzas de su juventud. Así los fieles, pequeños y grandes, deben examinarse cada año de Catecismo.

Para no ser inferiores á los protestantes, este año hemos empezado á construir en la capital de la provincia una casa algo mejor que la que habitamos, y que las hormigas blancas nos han casi demolido. No sé si los mandarines, y más que todo nuestros recursos, nos permitirán terminarla.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

IX

El médico Nanchi

SARCÁSTICAMENTE se ha dicho que los médicos son los asesinos oficiales de la humanidad: mas esto es exactamente cierto de los hijos de Esculapio en la jívaría.

Los médicos son los brujos, y éstos no son sino verdaderos asesinos de esta raza infeliz; no en cuanto inoculen realmente enfermedades mortales, que su poder no llega á tanto, ni administren medicamentos tendientes á la destrucción de la vida del individuo, sino en cuanto tienen el deber de señalar á cada enfermedad ó á cada muerte una víctima que ha de ser sacrificada al paciente, como autor ó causa de los sufrimientos de éste.

Los jívaros, según hemos dicho, tienen la convicción profunda de no ser Dios el Autor soberano y dueño único de la vida y muerte de los hombres; jamás pueden persuadirse que una enfermedad ó cualquier otro mal vengan de su paternal y bendita mano; y buscan el origen y motivo de sus desgracias en la exigua fuente y efímero poder de causas secundarias. Estas son el

iuanchi y los brujos, especialmente en lo que se relaciona con la urdimbre de la vida humana.

El *iuanchi* piensa que tiene poder en los niños, en las mujeres, en los cobardes y pusilánimes; en cuanto á los capitanes guerreros, famosos y jóvenes enérgicos, su soberbia les hace presumirse superiores al *iuanchi*, y tan sólo puede operar en ellos un brujo insigne, es decir, un hombre de poder sobrehumano.

Los brujos son mirados como nigromantes de poderosa y extraordinaria virtud, y capaces de tornar el juicio á otro, de privarle de la salud y hasta de la vida, metiéndole en el corazón ó en la parte enferma una piedrecita mortífera, una saeta enherbolada, una araña ponzoñosa ó cualquier otro insecto dañino que le roa y destruya la región dolorida, cause la enfermedad, la alimento y vaya llevándole progresivamente hasta el borde del sepulcro; como también, según ellos, pueden los brujos volver al enfermo la salud, quitando la causa que la daña. Por esta razón, como es natural, son considerados con pánico temor por algunos, y con supersticioso respeto y extática admiración por otros.

Consecuentes con estas creencias, cuando enferma un individuo y no le aprovechan los remedios ordinarios, recurre al brujo médico para que sane su dolencia. El médico no acepta la invitación sin imponerse antes sagazmente del estado del paciente: si fuese grave y peligroso, jamás acude á él, porque tiene bien entendido que si muere, pagará esa muerte con su propia vida; mas lo hace presto, si tuviere fundadas esperanzas de mejoría. La experiencia le da conocimiento, cierta práctica y habilidad, y muchas veces acierta la curación, que generalmente consiste en tópicos y dosis de eficacia conocida. Pero la razón de ser del brujo médico y presentarse en la casa del enfermo no está en estas cosas comunes y conocidas á todos; él, que no tanto va á medicinar al doliente por sanarlo, cuanto por dársele de hombre de poder extranatural y captarse fama de un ser revestido de atmósfera de luces ó tinieblas misteriosas, hace consistir su arte en una especie de pacto diabólico, y en confecciones y prácticas llenas de superstición.

Veamos como procede.

En la obscuridad de la noche (jamás lo hace de día) toma al parecer infusión narcótica, cuidando empero que no produzca efecto; trata luego de manifestarse como poseído de una virtud ó un espíritu extraño; y entre cierto canto, frases estudiadas y acciones á propósito, aprieta y exprime la parte dolorida del enfermo, la muerde como perro rabioso y la chupa como sanguijuela; después de largo rato: «Ya está,» dice, como maravillado al mismo tiempo que lleno de satisfacción: manda prender vela, y muestra entonces á la claridad de la luz el prodigioso efecto de su arte hechicero, esto es, una araña que saca de la boca, una hormiguita, una sabandija, un clavo de chonta, una vira pequeña y cosas semejantes, y añade:

—He aquí lo que acabo de sacar del cuerpo del enfermo; pronto sanará, porque he quitado la causa del mal, á no ser que fuere necesario repetir la operación en las noches siguientes, y extraer otros bichos y cosas de la laya. El brujo que hale inoculado la enfermedad al paciente es fulano, y Vdes. tienen estricta obliga-

ción de resarcir el daño que les ha causado, asesinándole lo más pronto...”

Todo esto es un evangelio para esa pobre gente. ¿Quién sería el atrevido que osara dudarlo ó se avanzase á examinar la realidad de las acciones del brujo médico? Por el contrario, al instante todos lanzan mil maldiciones contra el acusado por éste, todos juran quitarle la vida tarde ó temprano, y la inocente víctima tiene que sucumbir de manera infalible, muera ó no muera el enfermo.

Regularmente sana, porque, como hemos dicho, el médico no acepta la clientela de uno que no tiene probabilidades de mejoría; pero si por acaso muere, la vida del médico que ha errado la curación queda en peligro, aunque fuese de la misma tribu y aun de la propia familia.

La muerte del padre de Nankijukima nos va á dar idea del proceder de los jívaros en el ceremonial de defunciones de un capitán, y de la ejecución de la última sentencia contra los brujos médicos.

El padre de Nankijukima, viejo ya, cayó gravemente enfermo con inflamación al hígado, y mucho tiempo ha sufría de disentería. Como no le aprovechaban los remedios de sus mujeres y del hijo cuidadoso por la salud del padre, díjole un día:

—Nankijukima, hijo mío, vergüenza es para mí y muy grande hallarme sometido en la vejez al influjo y férula despótica, injusta y cruel de un hechicero desconocido; voyme muriendo como ves, y mi vida se va consumiendo como tea de copal, falta de resina, ó como se consume viejo leño devorado por el fuego; no me aprovechan los remedios de mis mujeres, ni los de tu propia experiencia y sabiduría; y aunque también tú eres brujo y me has sacado un clavo de chonta en una noche, una hormiga en otra, y un insecto en otra; sin embargo, joven como eres, no has llegado al apogeo y perfección de la nigromancia, á donde sólo se llega con la edad, larga experiencia y frecuente ejercicio. No me cures más, porque si muero, á ti te atribuirían la causa de mi muerte; pero escucha, hijo bendito, el consejo de tu anciano padre: toma la lanza, y con la prudencia y solicitud que te son propias, recorre las selvas, sube los montes y da vuelta á los ríos en busca del mejor médico del desierto, para que extraiga de mi cuerpo la raíz del mal, y me diga al mismo tiempo cuál es el diabólico hechicero que con tanta sevicia me atormenta...

—Padre querido, antes que abrieses los labios había pensado yo recorrer todos los rincones del Morona al Pastaza, del gran río en donde mueren éstos á la inmensa cordillera del majestuoso *Tungura* (1) de blancas vestiduras, en demanda del brujo más insigne de nuestra raza, para que venga á librarte de la muerte que te amaga; y ya que no he podido sanarte con mi ciencia y habilidad, he pensado matar cuanto antes al nigromántico que te ha inoculado tan atroz mal, á fin de que sanes al instante con su muerte.

—Dichoso yo, Nankijukima, que he engendrado un hijo como tú, sabio, prudente y valeroso, digno del vástago do procedes: jamás desdigas, hijo mío, la sangre

de tu abuelo ni la mía; hágante los genios del bosque superior á mí y á él. Toma la lanza y ejecuta, con la celeridad del rayo, tu pensamiento.

Nankijukima anduvo como ocho días hacia el lado de Macas, por dar con Nanchi, médico conocido como el más famoso de la raza entera. Impuesto éste del peligroso estado del enfermo, á lo que se añadía extrema-da vejez, no quiso exponerse á tomar sobre sí las consecuencias de su muerte; pero señalóle á otro brujo, amigo suyo, como más práctico y hábil. Tampoco aceptó éste la invitación, y despachó á Nankijukima á ver á un tercero, que igualmente se negó. Nankijukima recurrió á otros dos, proponiéndoles que vinieran juntamente; y éstos aceptaron, confiando el uno en la pericia del otro, y éste en la del primero; y pensando cada uno echar la responsabilidad en el compañero, creían ambos evitar el golpe mortal al que se exponían si moría el enfermo.

Durante tres noches cansáronse de morder, chupar y maltratar el cuerpo del moribundo anciano: en la primera noche cada uno presentó á la claridad de la luz recién encendida una araña y una chontita en forma de flecha, y señalaron á dos brujos rivales suyos, como autores de los males del paciente, y le prometieron pronta mejoría, confiando, como hemos dicho, cada uno en el arte del compañero. Nankijukima juró á presencia del padre sacrificar cuanto antes las víctimas señaladas por los hechiceros.

A los tres días, contra toda esperanza, la salud del enfermo declinó sensiblemente al borde de la eternidad: los médicos comprendieron incontinenti lo crítico de su situación, y tomaron de repente las de villadiego. Nankijukima estaba desesperado: irritadísimo y furioso mesábase el cabello; pintó en el rostro, de una oreja á otra, una faja de color negro, lo mismo que otra en el pecho desnudo, de uno á otro hombro, en señal de ponerse terrible contra los prófugos, y con la lanza en la mano, aseguró que no dejaría sin ejemplar castigo aquella felonía.

Yacía el anciano tendido en una tosca *peaka*, largo de cuerpo, enjuto de carnes, el rostro seco y demacrado; era un esqueleto carcomido por noventa años de vida cargada de innumerables trabajos, lo mismo que de una serie de crímenes, como la de todo jívaro, y de sufrimientos de larga y penosa enfermedad: habíase debilitado tanto que apenas balbucía pocas palabras, y ni siquiera pudo manifestar su última voluntad á su querido y único hijo Nankijukima. Se acercaba, pues, el momento más solemne de la vida del hombre, y numerosos parientes y amigos se habían reunido á presenciario.

Principió á correr frío un sudor por el cuerpo del enfermo, y á invadir todos los miembros un hielo que semejaba corriente de nieve; el pulso latió lentamente, la respiración quedó trabajosa y cortada, hundiéronse los ojos y la vista tornóse vidriosa; en aquel momento, cuando son más necesarios el silencio y recogimiento, precursores de los del sepulcro, cuando más se necesita humildad y resignación para arrojarse en los brazos pavorosos de la eternidad, la casa toda convirtiéndose en una batahola infernal: todas las mujeres y niños lloraban y

(1) Tungura: llaman con este nombre los jívaros al Sangay.

gritaban, ya de miedo, ya de sentimiento; los numerosos perros aullaban tristemente ó latían de manera no interrumpida; y los hombres todos á un mismo tiempo desencadenábanse en arranques de bravatas, imprecaciones, maldiciones y mil blasfemias de ira y satánica venganza, contra los brujos que habían inoculado la enfermedad y estaban arrebatando la vida del moribundo, según ellos creían; contra los médicos que no habían podido sanarle y contra los que se negaron á acudir al llamamiento de Nankijukima. Después de una hora de prolija y constante agonía, y en medio de este infernal alboroto, espiró el anciano.

Algo más continuaron las imprecaciones, blasfemias y juramentos de los asistentes; luego los guerreros rodearon el cadáver y se declararon reunidos en congreso, para deliberar quienes pagarían con la vida la muerte del finado capitán, y quienes deberían ser los ejecutores de la sentencia que se iba á dictar.

cernerse sobre la superficie del bosque la tempestad de la cólera del cielo..."

Los señalados por los dos brujos que vinieron á medicinar al enfermo, fueron los primeros anatematizados por el congreso; entraron en segunda línea los dos médicos que lo abandonaron casi en los últimos, y en tercer lugar los que se negaron á acudir al llamamiento de Nankijukima.

PATAGONIA

Informe sobre la Misión salesiana

TENGO el honor de enviar á V. E., escribe el ilustrísimo Sr. D. Juan Cagliero, el informe correspondiente al año próximo pasado de 1895, respecto de nuestras Misiones en los territorios de Norte



NORUEGA.— El ventisquero Buarbræ. (Pág. 252)

Nankijukima ofrecióse voluntariamente á ser el único ejecutor de victimar á todos los que el congreso juzgase reos de muerte.

—Mi padre, dijo, ha dejado un hijo valiente y famoso guerrero en mí; por tanto no permito á nadie compartir conmigo la gloria de ser el único vengador de los huesos del difunto que se han de convertir en polvo y han de dormir gozosos y tranquilos el sueño del eterno olvido, después que se haya cernido sobre sus enemigos la tempestad de mi ira vengadora, como suele

del Río Negro, Neuquen, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, anunciándole al mismo tiempo, que en Enero último nos hemos hecho cargo también de la Misión de la Pampa Central. Nos fué confiada por S. S. ilustrísima el señor Arzobispo, con motivo de la renuncia de los reverendos Padres Franciscanos; la aceptamos para complacer las instancias del Prelado, satisfacer á los deseos del señor Gobernador, y llevar á aquellos nuevos pobladores los beneficios de la Religión, y con ella los del progreso y de la civilización.

Misiones

En el transcurso del año pasado nuestros misioneros han recorrido los extensos valles del río Neuquen, Limay, Colorado, Chubut, Santa Cruz y río Negro; han penetrado en las quebradas de las Cordilleras y visitado varias veces las playas argentinas de la Tierra del Fuego.

Han sido viajes largos, excursiones difíciles, de privaciones sin número; empero la mies ha sido abundante en bautismos, tanto de indios como de familias cristianas; cuéntanse á millares los que han recibido la gracia de los Sacramentos y oído las máximas del Santo Evangelio; máximas benéficas por las que hemos logrado persuadir á los moradores de esas apartadas regiones, la necesidad de llevar una vida moral, religiosa y prácticamente cristiana, para conseguir con la salvación del alma, las bendiciones del cielo sobre sus familias, sus trabajos y haciendas.

En mi última visita á la Misión del Chubut, hallé muy buena acogida en la población, y fui objeto de muchas atenciones por parte de las Autoridades.

Los católicos en Rawson, capital del territorio, aunque pocos todavía, forman la mayoría. La majestad del culto católico, que es el del Estado, aunque practicado en humilde iglesia, se impone en medio de los disidentes, que lo respetan y admiran.

Los frutos de la Misión compensaron mi largo viaje: se bendijo un cementerio católico, se concluyó el hospital é instalóse una Conferencia de señoras Vicentinas para atender á los pobres y á los enfermos, mediante el auxilio de las Hermanas de María Auxiliadora.

El capitanejo Solpa, que vino á visitarnos en aquella Misión, mostrando deseos de que un Padre misionero fuese á instruir á su gente, ha sido atendido.

El cacique Namuncurá estuvo también en Viedma con el mismo objeto: el capitanejo Curruhinca, establecido cerca de la Cordillera, recibió con muchos de los suyos el beneficio de la Religión, y lleno de satisfacción después del bautismo exclamaba:

—Ahora estar contento yo y mi gente; ahora ser hijos de Dios y buenos argentinos.

Dos años ha que hemos establecido la Misión de la Candelaria, cerca del río Grande, como lo indica en su Informe oficial el excelentísimo señor Gobernador de la Tierra del Fuego. Con grandes sacrificios el Superior de aquella Misión, Ilmo. Fagnano, ha podido levantar una iglesia, dos colegios y casas de madera para alojar á los indios onas. Hanse presentado ya de cuatrocientos á quinientos en distintas ocasiones. Algunos se quedan, otros se vuelven á sus matas, por no tener siempre con que agasajarlos, alimentarlos y vestirlos. Varios son ya los niños que reciben la educación en el colegio de los Padres, y niñas en el de las Hermanas, que gustosas comparten con los indios las privaciones, los rigores del clima y la vida de sacrificio en aquellas lejanas costas de la nación argentina.

Educación

En las residencias de Viedma, de Pringles, de Conesa, de Rosa, del Colorado, del Neuquen, de la Pampa Central y del Chubut, se atiende á la educación cris-

tiana de los niños á cargo de los Padres Salesianos, y de las niñas á cargo de las Hermanas de María Auxiliadora.

La instrucción se da conforme al programa oficial á unos 1,500 alumnos que frecuentan nuestros dieciséis colegios en las distintas Misiones de estos territorios. Los exámenes son públicos y presenciados por las Autoridades, los más distinguidos vecinos y los padres de familia: concluyéndose el año escolar con un certamen literario musical en los colegios respectivos de los niños y niñas, con la exposición de las labores y solemne distribución de premios.

Además, en Viedma tenemos abierto el primer año preparatorio, conforme al programa del colegio nacional: unos doce de nuestros alumnos, en los dos últimos años han pasado á Buenos Aires, á cursar los estudios superiores.

Nuestra escuela de artes y oficios continúa teniendo en actividad los talleres de carpintería, herrería, zapatería, sastrería, hojalatería y escultura. Han los niños dado pruebas manifiestas de adelanto al realizar trabajos en cada taller, no sólo de utilidad común, sino de tal primor que han llamado la atención de los inteligentes, especialmente en la escultura.

La escuela agrícola de Viedma nos da todos los años mejores resultados en abundantes uvas, plantas frutales y toda clase de legumbres, siendo por consiguiente una verdadera providencia para esta casa central que sostiene y educa á tantos niños.

Trabájase en Roca con el propósito de activar una colonia agrícola, destinada para asilo de menores é hijos de indígenas; proyecto que el Gobierno ha aprobado, determinando apoyarlo para el adelanto y progreso de aquellas lejanas tierras.

Beneficencia

En todas las principales residencias de la Misión se procura levantar al lado de la iglesia un colegio, un asilo de huérfanos y un hospital de pobres indigentes.

En Viedma, capital del río Negro, se acaba de techar el cuerpo del edificio destinado al colegio y escuela de artes y oficios. Los niños y menores asilados en las casas de Viedma y en las otras de Roca, Pringles y Chubut, pasan de 200; siéndonos confiados, ó por sus padres ó por las Autoridades, conforme al decreto del Gobierno del 9 de Agosto de 1894.

Hasta los doce años frecuentan las clases de primera enseñanza, luego pasan á un taller para aprender el oficio que más les agrada y al cual tengan más propensión, continuando su instrucción en las escuelas nocturnas, correspondientes á su oficio, y especialmente en el dibujo.

Además se ejercitan en la música instrumental, formando parte los más aprovechados, de la banda musical que alegra con sus piezas las fiestas nacionales y religiosas de este territorio.

Tienen también las Hermanas su edificio casi terminado para colegio y asilo de huérfanas, que acuden á las clases elementales, y á las graduadas, si son de buena conducta é inteligentes. Se habilitan también en toda clase de costuras y bordado, sin excluir los trabajos caseros y de comunidad, que forman la niña es-

merada, laboriosa y buena madre de familia. Frecuentes son los ensayos de música vocal para las funciones religiosas, conciertos y certámenes académicos, en las mayores solemnidades.

Desde Agosto del año próximo pasado funciona el nuevo hospital, con espaciosos y ventilados salones, patios separados para varones y mujeres, con una botica surtida de toda clase de remedios...

CAROLINAS OCCIDENTALES (Polinesia)

Particularidades de las islas Palaos pertenecientes al gobierno de Yap

De la interesante Memoria del R. P. Fr. Antonio de Valencia, misionero capuchino, extractamos lo siguiente:

AVES.— Hay aquí tanta variedad de ellas que á mí no me será fácil enumerar. En primer lugar está la gallina, que casi no puede llamarse doméstica, pues si bien se crían al rededor de las viviendas, á la menor señal de hostigación levantan el vuelo y desaparecen en el bosque; abundan mucho, y la mayoría hacen sus nidos entre las yerbas del prado ó en el bosque. Después están en gran cantidad las palomas del bosque, especiales y de buen tamaño; otras más pequeñas y bonitas; una especie de merlas ó tordos; las becasas muy bonitas y parecidas á las de España; especie de avestruz, que levantan grandes montones de tierra para hacer agujeros y poner sus huevos; dos especies (en la forma) de codorniz, que corren por el suelo lo indecible; unas como tórtolas blancas, que ponen un solo huevo encima del tronco limpio (pegado con no sé qué cosa para que no se caiga), y allí lo empollan; las golondrinas (aunque mucho más pequeñas que en España), y una porción de pajaritos que revolotean por los árboles.

Como acuáticas, está la gaviota; dos ó más especies de cigüeñas ó zancudas; las ánades, idénticas á las de las lagunas de España, y otra especie, blancas con dos puntas muy prolongadas en la cola; el martín pescador y otras que yo no tengo presentes. También abundan mucho unas como lechuzas, los paniques y el pequeño murciélago del anochecer.

De peces de peña, ó sea de los que suelen criarse entre las peñas, cerca de tierra, hay gran variedad y muy bonitos; muchas clases de mariscos; sobre todo, gran variedad y abundancia de tortugas.

También abundan los insectos, en particular los mosquitos, que en determinadas épocas son muy molestos, y mucho más nocivos que en España; la hormiga, que se encuentra en todas partes y con mucha abundancia; las hay de varias clases, y que tienen un modo de picar los pies, que hacen á veces saltar. También hay unas pequeñas langostas y otros gusanillos, que atacan bastante á las plantas.

FLORA.—La vegetación de Palaos es hermosa y parecida á la de Filipinas. Tanto los grandes montes de pura peña como los pequeños peñascos que se levantan del agua en medio de estas ensenadas, aparecen cubiertos de una grande y frondosa arboleda, donde hay buenas maderas de construcción. Desde la misma orilla

del mar principian los grandes bosques, donde hay infinidad de árboles, arbustos y plantas de diversas especies: entre las enredaderas ó trepaderas hay algunas del tamaño de una gruesa cuerda, y tan fuertes, que se sirven de ellas para arrastrar y trasladar grandes árboles. En el interior existen grandes llanuras cubiertas de muy espesa yerba, que es muy buen pasto de ganados.

Aunque la tierra parece y debe ser muy fértil, no se ve con todo gran variedad de árboles frutales. Abunda el árbol del pan, el cocotero, el naranjo y el limón: después una especie de castaño y de almendro, teniendo su parecido en la fruta y no en el árbol, y otras cuatro ó seis especies de frutas del país. De las plantas frutales hay el plátano, la piña y la caña de azúcar. El tabaco se da muy bien, según se puede ver en alguna pequeñísima plantación que se hace; mas no lo plantan. Tampoco cultivan el arroz, el maíz, el camote ni la calabaza; pero todo se da bastante bien, según las pruebas que se han hecho. En nuestra pequeña huerta, cultivada por el Hermano, hemos cogido racimos de plátanos de más de ciento sesenta plátanos en cada uno, pesando cada una de dichas frutas ocho onzas y más; sandías hermosísimas y dulces en dos meses y medio (desde que se sembró la semilla hasta que se ha cogido la fruta); muy buenas papayas, caña de azúcar, algunas clases de alubias y muy buen camote (especie de batata). Casi toda la tierra está sin cultivar, y hay muy buenos terrenos para tabaco, caña de azúcar, arroz de secano (que lo hay en Filipinas), y cosas por el estilo. En los terrenos bajos, cerca del mar, tienen los grandes hoyos ó sementeras de *gave* y *uve*, especies de tubérculos que se crían en lugares de mucho fango y agua, y que ellos los cultivan muy bien por ser su principal artículo de alimentación.

INDUSTRIA Y COMERCIO.—Los únicos productos que se exportan de Palaos son la copra, ó sea el coco seco sin la corteza; el balate, la concha de algunas clases de tortuga y otras conchas de nácar, que sirven de moneda en Yap; también se trabajan aquí por los naturales de dichas islas las grandes piedras, parecidas á las de molino, que pasan entre ellos por la moneda de más valor.

El balate abunda mucho; es una especie de gusano muy grande que se arrastra por el fondo del mar y se coge en los lugares de poca profundidad; los hay de diferentes clases, y que valen mucho, como comida, en la China y el Japón. Los naturales no se ocupan mucho en su pesca para venderlo, porque sus necesidades no son muchas, y sin embargo, los barcos que vienen á buscarlo salen bien cargados del tal producto. Dos comerciantes que están en Yap tienen aquí sus agentes; el uno es inglés y tiene aquí dos individuos; el otro alemán y tiene tres: éstos corren las islas con sus botes en busca del balate y demás á cambio de telas, hachas, cuchillos, armas de fuego y cosas por el estilo, de lo que perciben un tanto por ciento de los dueños de los efectos, que vienen de vez en cuando y se llevan los productos á Hong-Kong. Ahora han llegado también los japoneses y han abierto una gran tienda de comercio, y esperan personal para poner algunas sucursales.

Son muy industriosos para construir todas sus cosas:

sus embarcaciones las hacen de un gran tronco vacío, son bonitas y tienen gusto y vanidad en pintarlas y adornarlas. También construyen su servicio ó vajilla, ó como quiera llamarse (especie de tinajas, barreños, palanganas, jarros, grandes vasos, platos), todo de madera de una sola pieza, con ciertas incrustaciones de nácar y de formas bonitas, que no carecen de mérito. De la concha de tortuga (carey) hacen pequeños platos, bandejas, cucharas, pendientes, anillos y pulseras; lo calientan, y después le dan las formas que desean.

También hacen sus grandes candiles de barro, que cuecen al fuego; sus lanzas de madera, sus anzuelos de concha ó de hierro, todo el cordel (que emplean mucho en todas sus construcciones), sus cuerdas y grandes redes de la fibra que sacan de la corteza del coco, y de la hoja del pandan y otras yerbas; sus petates (especie de esterita muy fina que les sirve de cama y de sábana), y los depósitos ó petacas para el tabaco.

RAZA.—Los naturales de Palaos deben de pertenecer á la raza malaya, aunque no parece en ellos muy acentuada. Son robustos, muy bien formados y de estatura regular en general, pues abundan mucho los que tienen una humanidad más que regular. Su color es algo bronceado, habiendo más ó menos claros; ojos grandes, negros y hermosos; nariz bastante regular, y no tan fea como otras razas; boca algo grande en algunos y regular en otros, con los labios no muy grandes, y los dientes teñidos de negro. El cabello por lo regular es liso, aunque algunos lo tienen rizado; pero en todos largo, abundante y de color negro sin brillo; por lo regular tienen mediana barba, y los hay que las tienen muy largas y hermosas.

POBLACIÓN.—Palaos ha sido en otro tiempo mucho más habitada que en la actualidad, á juzgar por las relaciones de los naturales y por los restos de pueblos anteriores, que no queda de ellos sino los caminos de piedra y los grupos de sepulturas cubiertas por la yerba, donde había casas y familias que ahora no existen. Las causas de esto son las varias epidemias que han sufrido, las guerras que se han hecho, y no poco contribuye á ello sus costumbres inmorales.

La más antigua de las epidemias que ellos refieren, consistía en que se quedaban los brazos y piernas como muertos, sin poderse valer de ellos, y muchos morían: en este pueblo (de unas treinta casas) murieron como veinte personas; y aun he conocido yo á dos viejos tullidos de resultados de aquello. Otra hubo posterior que (según ellos) les entraba cansancio, dolor en todo el cuerpo y como traspasados los costados, siendo muchos los que morían. Finalmente, cuentan de otra (que la atribuyen á un cometa que apareció por aquí en aquellos días, y hará de ocho á diez años, según el cálculo que puedo formar), que consistía en fuertes dolores de estómago, grandes diarreas de sangre y grandes dolores en las coyunturas de los huesos. Duraban poco tiempo, y morían muchos: en este pueblo fallecieron unas cincuenta personas en pocos días.

Con todo esto y con sus pésimas costumbres, parece que en la actualidad no ha de ascender á mucho el número de estos habitantes, aunque difícilmente se puede apreciar sino de una manera más ó menos aproximada. Esta isla de Arclilden tiene á Goreor, pueblo de nues-

tra residencia, y otros siete pueblecitos, que algunos no pasan de seis casas; cada casa, por término medio, siete habitantes, viniendo á ser el total de esta isla de unos quinientos habitantes, y el número total (cálculo aproximado) unos 3,000 en todo el grupo de Palaos.

IDIOMA.—No es fácil averiguar de donde podrá derivarse el lenguaje de estos habitantes, pues ni en lo parecido de los significados, ni en los sonidos peculiares que difícilmente dejan al querer hablar otra lengua, se asemeja al malayo, chino, japonés, ni alguno de los de Filipinas. Es bastante rico, pues no hay cosa que no tenga su nombre propio en el país. La estructura no es difícil, pues casi todas las partes de la oración son palabras simples, excepto el verbo y algunos adjetivos, y ninguno pasa de cuatro sílabas, siendo muchísimas monosílabas, y la mayor parte de dos y de tres. Tiene, además, gran variedad de partículas que, unidas á los nombres, forman los casos de la declinación, y unidas á los sustantivos los hacen verbos.

El sistema de numeración se puede decir que es decimal, y muy parecido al nuestro. La decena tiene un nombre propio que conserva en sus compuestos y derivados, y otro nombre que lo usan cuando enumerando tocan como de paso el número diez. Hasta mil cuentan sin mucha dificultad, aunque no todos; más allá de mil les cuesta trabajo.

Sus cuentas algo largas las llevan con un cordel, al que van añadiendo nudos, ó con una caña donde añaden una raya por cada día que pasa ó cosa que venden, etc., de que ellos quieren llevar cuenta. El tiempo lo dividen en lunas, formando cada seis ó siete (pues no están acordes) uno como año, que es el tiempo que unas ciertas estrellas tardan en juntarse con la luna al ponerse. En esto de la luna están tan prácticos que sólo con ver la altura ó lugar que ocupa en el cielo al acabarse la luz del día, ya saben los días que tiene á punto fijo.

(Se continuará).

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

Floribus ejus nec rosæ, nec lilia desunt.

(V. BEDA. *Serm. de Sanctis*).

Las rosas y los lirios brillan entre esas flores.

ESTAS *Flores de Corea* son una colección de los hechos más edificantes de la historia de la Iglesia de este país, historia que con más justo título pudiera llamarse: *Actas de los Mártires de Corea*, pues la mayor parte de los héroes de esta Iglesia naciente tuvieron la gloria de confesar la fe ante los verdugos y de dar su sangre por Jesucristo.

En este jardín purpúreo hemos formado el humilde ramillete que ofrecemos á la piedad del lector. Hacer una feliz elección entre las brillantes flores que el sable de los perseguidores ha esparcido en el suelo ensangrentado de este país, á esto se reduce nuestra labor, algo difícil si se atiende á que, para no hacer

harto abultado nuestro ramillete, era preciso desechar multitud de flores de tallos violentamente rotos, y dejar en lamentable olvido la memoria de tantos héroes desconocidos del mundo, y cuya gloria será eterna.

La multitud, pues, de los Mártires, la rabia infernal de los verdugos, la invencible constancia de las víctimas en medio de suplicios espantosos, el espectáculo de virtudes heroicas en un país recién nacido á la fe, he aquí lo que solicitaba nuestra admiración y brindaba á nuestra pluma. Era preciso saber limitarse. Únicamente presentamos, pues, á los corazones cristianos los más grandes entre tantos gloriosos combates, y los

en otro tiempo los notarios de la antigua Roma, escribieron esas "Actas" con escrupulosa exactitud y espíritu de fe y piedad, que transcribimos fielmente. Sólo algunas palabras, añadidas á esta obra de los analistas coreanos, dan alguna luz sobre las instituciones y costumbres del país, y unen entre sí los acontecimientos de una misma época.

¡Dígnense estos bienaventurados amigos de Dios bendecir este relato escrito en su honor! ¡Que estas líneas exciten en cuantos lean sus buenos combates y sus ejemplos heroicos, vivos sentimientos de celo para con los infieles! ¡Que tanta sangre pura, derramada en



NORUEGA.—Cascadas Lotefos y Skarfos. (Pág. 252)

más ilustres entre los vencedores, en una palabra, las flores más brillantes y las más olorosas del país coreano.

Este relato lo ha de considerar el lector como la historia de los principales Mártires de Corea, escrito en gran parte por sus hermanos Mártires. El Ilmo. Daveluy, una de las últimas víctimas de la persecución de 1866, reunió con la mayor solicitud todos los documentos relativos á los primeros Mártires de Corea. Antes que él algunos literatos cristianos, que á su vez dieron también la vida por la fe, habían dejado relaciones muy exactas de los sufrimientos y del triunfo de sus parientes y amigos. Con los pies en la sangre de las víctimas, y el hierro del verdugo suspendido, por decirlo así, sobre sus propias cabezas, estos fieles testigos, como

el país coreano por el hierro de los verdugos, conviértase allí también en semilla fecunda de nuevos cristianos, y obtenga á sus nuevos apóstoles la dicha de recoger pronto la mies regada con la sangre y las lágrimas de sus ilustres antepasados!

Omnes Christi Martyres, intercedite pro nobis!
¡Oh santos Mártires de Cristo, interceded por nosotros!

Conforme al decreto de Urbano VIII, el autor no pretende en modo alguno prejuzgar las decisiones de la Iglesia, á quien pertenece el derecho de conceder en su sentido estricto y verdaderamente riguroso los títulos de mártir, santo, confesor y otros semejantes. Al servirse de estas expresiones, el autor no hace más que seguir el modo común de hablar recibido entre los fieles en semejantes relaciones.

París, 13 de Febrero de 1894.

I

Los primeros apóstoles de Corea.—Año 1777

Al Nordeste del Asia, en el extremo de la Mandchuria, rodeado del mar por tres lados, hay un país poco conocido de los europeos. Contados buques, á los que nada atrae á esos parajes, surcan apresuradamente y como de paso esos mares peligrosos, pareciendo que huyen de las inhospitalarias costas de esta comarca bárbara.

Es la Corea, reino pequeño desprendido del gran imperio chino, península adosada á la Mandchuria, bañada al Este por el mar Amarillo, al Oeste y al Sur por el del Japón.

Elevados montes la separan de Mandchuria, y forman entre las dos comarcas como infranqueables barreras. Dos ríos de aguas profundas y múltiples brazos fortifican más aún esas barreras, y después de regar silenciosamente inmensos bosques y helados desiertos, van á perderse, uno en el mar Amarillo, y otro en el del Japón.

Corea tiene trescientas leguas en su mayor extensión, y sólo ciento de ancho. Su aspecto general recuerda á Suiza: por do quier se cruzan gran número de montañas, de suerte que por todas partes se encuentra uno rodeado de colinas y montes á veces muy escarpados.

Habítanse con preferencia los valles más fértiles. Las montañas están cubiertas generalmente de bosques, donde el oso y aun el tigre muéstranse con harta frecuencia: los cristianos son casi los únicos que, huyendo de la persecución, se atreven á disputar la posesión de las alturas á los animales salvajes que han establecido en ella sus guaridas. La provincia de Nai-Po tiene valles más anchos y fertilísimos: con todo, apenas merece su nombre de llanura. Es la más rica provincia del reino, y á causa de su fecundidad excepcional se la denomina con propiedad el granero de la corte.

Aunque situada en la misma latitud que Malta, Corea tiene clima muy distinto. Así en los países montañosos el aire es seco y muy sano. En invierno el termómetro baja hasta 25° centígrados bajo cero: en cambio, los calores de verano son tropicales, templados sin embargo por abundantes lluvias. El invierno y el otoño son agradabilísimos, sobre todo en las provincias meridionales.

El suelo de Corea en general es muy fértil: empero los campesinos coreanos distan mucho de ser tan industriosos como los chinos. Sus instrumentos, por lo demás, son primitivos, y á consecuencia de un trabajo necesariamente penoso, cada cual limita su ambición al cultivo de la porción de terreno que pueda cubrir sus necesidades durante el año. Con semejante sistema, y á causa de la dificultad de comunicaciones en un país de montañas, compréndese cuán cruel será el azote del hambre en la provincia donde se malogre la cosecha.

La población del reino se calcula en unos diez millones de habitantes, sometidos todos á la autoridad directa de un rey que recibe la investidura del empe-

rador de China. Todos los años el rey debe pagar una especie de tributo á su señor feudal, el Hijo del Cielo. A parte de estas relaciones anuales, éste evita generalmente mezclarse en los negocios políticos del país; de suerte que Corea, aunque de derecho vasalla de la China, es más bien tratada por ésta como fiel aliada.

A excepción de las relaciones oficiales y necesarias con China, de que acabamos de hablar, Corea no tiene ninguna comunicación con los otros pueblos. Todo coreano que sale de su país paga con la vida su crimen ó su imprudencia; y todo extranjero que pisa el suelo de Corea es irremisiblemente condenado á muerte. Ley cruel y bárbara que aísla del resto del mundo este país tan interesante, y que durante largos siglos impidió que penetrase en él la Religión y civilización cristiana.

Pero en vano es que los pueblos ó los individuos se rodeen de obstáculos para sustraerse á la bienhechora influencia de la gracia: más pronto ó más tarde experimentan el divino yugo de Aquel que todo lo dispone con fuerza y suavidad, y en el tiempo designado sabe alcanzarnos en sus últimos atrincheramientos. Después de haber permanecido tan largo tiempo cerrada á la luz del Evangelio, Corea iba á ver lucir por fin la aurora de la verdad y de la salvación.

Dos jóvenes de noble familia fueron los instrumentos de que Dios se dignó servirse para ilustrar á esta infeliz nación. Dedicados al estudio desde su infancia, ambos habían adquirido envidiable reputación de sabiduría y ciencia. Uno de ellos, llamado Seng Hem J, contaba apenas veinte años, y después de brillantes exámenes había ganado el grado de doctor. Su padre desempeñó sucesivamente empleos honoríficos en el Gobierno, y por lo tanto su hijo podía aspirar á las mayores dignidades. El otro, Piek J, de pocos años más, no era de familia tan distinguida por los honores y los cargos, pero le igualaba en nobleza. Su reputación de sabio era más grande aún que la de su amigo, y ansiaba extender más y más sus conocimientos.

Piek J había leído todos los escritos de los filósofos, examinado todos sus sistemas, y estudiado profundamente todos los libros sagrados de su país. Su corazón, sin embargo, no estaba satisfecho, y su espíritu naturalmente recto le impulsaba de continuo á buscar respuestas verdaderamente satisfactorias á las dudas que le preocupaban. Así veíasele con frecuencia solicitar, ora en las expansiones íntimas de la amistad, ora en discusiones más solemnes, la luz que disipase las obscuridades que sentía en su espíritu.

Precisamente en aquella misma época, entre los más inteligentes literatos coreanos comenzóse á obrar cierto movimiento religioso. Algunos de ellos se habían agregado á las embajadas anuales á Pekín, de donde trajeron diferentes libros de filosofía y religión, sobre los cuales disputaban con calor. Cierta día del invierno de 1777, Piek J supo que se habían dado cita en una pagoda aislada en las montañas, para conferenciar con tranquilidad y sin temor á las indiscreciones, debatir las grandes cuestiones del alma, su naturaleza y destino, y examinar los diferentes sistemas de religión que conocían. A esta noticia, á pesar del rigor de la

estación, Piek J armóse de un palo, y solo se aventuró por los senderos llenos de nieve de la montaña, y menospreciando el peligro de las fieras y la crudeza de la estación, llegó á media noche, tras muchas fatigas, á una pagoda habitada por dos bonzos.

Sus amigos no esperaban visita alguna á hora tan adelantada de la noche: así su llegada imprevista y súbita les asustó por creerse descubiertos por la policía; mas pronto reanudaron juntos sus amistosos debates. Emplearon diez días en examinar y discutir todos los sistemas conocidos de filosofía y religión. Cada cual, en esas conferencias, presentaba sus argumentos apoyados en los libros de donde los había tomado. Cabelmente se halló que, en algunos de aquellos libros traídos de China, estaban esparcidos algunos fragmentos de la doctrina cristiana, tomados sin duda de nuestros libros de religión por los filósofos chinos. Esto fué la luz para aquellos corazones rectos y generosos. Atónitos con lo poco que pudieron descubrir del Cristianismo, prometieron, al separarse, conformar en adelante su conducta á los preceptos de esta doctrina.

Fiel á su resolución, Piek J, al volver á su casa, cambió completamente sus antiguas costumbres religiosas. Prosternóse todos los días para adorar al Criador del mundo; observó el séptimo día de la semana; hizo penitencia; reformó sus costumbres, y, en una palabra, procuró amoldarse en todo á lo que había podido aprender en las conferencias de la pagoda. Semejante género de vida debía llamar la atención de todos: unos le reprobaron, mientras otros apreciaron diferentemente una conducta tan extraordinaria. Tal era Piek J antes de su conversión: alma verdaderamente escogida y bien preparada á recibir la divina luz de la verdad.

Algunos años después la Providencia colmó de una manera inesperada sus ardientes deseos. Era la época de enviar á Pekín la embajada anual, de la que aquel año, 1783, debía formar parte su amigo Ni Seng Hun J. Ofrecíase, pues, la ocasión tan deseada de sacar de China, de una manera enteramente segura, los libros y las enseñanzas que le faltaban sobre la verdadera Religión.

Así que tuvo conocimiento de tan buena noticia, Piek J fué á visitar al futuro embajador para felicitarle. Luego le habló con entusiasmo de todo lo que ya sabía del Cristianismo, y le instó vivamente á que aprovechase su próximo viaje para instruírse más y más en él.

—¿No te parece, le dijo entusiasmado, que tu viaje á Pekín es providencial? Tengo para mí que el divino Señor del cielo se ha apiadado por fin de nosotros, puesto que te ha escogido entre tantos para que por ti mismo puedas ilustrarte, y luego instruirnos á nosotros. Así que estés en la gran ciudad, te suplico que sin pérdida de momento vayas á un templo de los europeos: éstos poseen la verdad. Pregunta á los grandes doctores del Occidente, profundiza todas las cuestiones, instrúyete en todos los pormenores de su doctrina, y tráenos al mismo tiempo todos los libros necesarios. Una vez más te suplico que obres con celo y discreción: la vida y la muerte, el negocio grande de nuestra eternidad, está en tus manos.

Al despedirse de su amigo, este joven de corazón recto, añadió:

—Ve, querido mío, y te suplico que en esta circunstancia no obres á la ligera.

Esta última recomendación, hecha sin duda en tono amistoso, denotaba en Piek J el ardor de sus deseos, pero también cierta dosis de desconfianza que le inspiraba con harta fundamento el entusiasmo sincero, pero algo superficial, de su amigo, quien no se distinguía por su voluntad firme y perseverante.

Desde Seul, capital de Corea, hasta Pekín, cuéntanse trescientas leguas. Todos los años una embajada solemne, compuesta de eminentes personajes coreanos, emprende este largo viaje para transmitir los presentes y las felicitaciones del rey de Corea á su señor feudal. En otro tiempo el tributo que Corea pagaba á China era muy considerable y sobremanera humillante. Poco á poco aquélla ha sabido librarse de tal tributo, de suerte que al presente se reduce á un cambio oficial de presentes entre ambos soberanos. La embajada coreana trae aún de Pekín el calendario chino, obligatorio para todos los súbditos y tributarios del imperio, bajo pena de muerte. Además de los nobles personajes que forman parte de estas embajadas, acompañanla numeroso séquito de intérpretes y domésticos: agréganse también algunos mercaderes bastante listos para comprar el permiso con uno ú otro pretexto; pero en realidad para hacer un comercio muy lucrativo. Cada uno lleva un pasaporte muy minucioso, que debe presentar á la frontera, y sin el cual á nadie se permite franquearla.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

III

Encuentro de tres nobles excursionistas católicos.—Esplendores de los paisajes escandinavos.—Agricultura noruega; régimen de la propiedad.

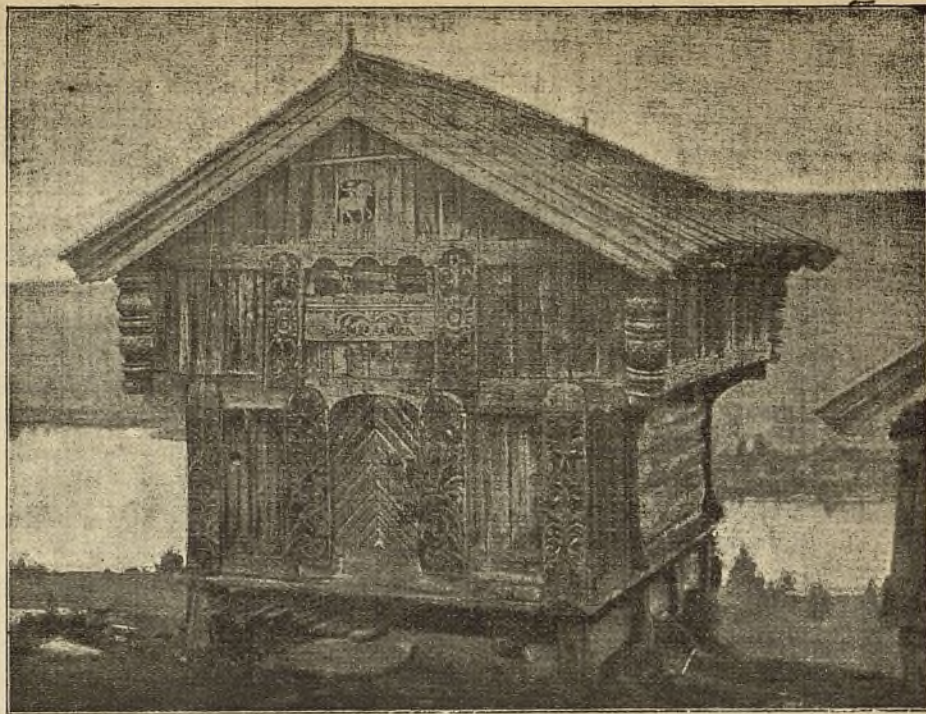
CUANDO menos lo esperaba tuve una agradable sorpresa. Mientras me informaba de las disposiciones que debían tomarse para el viaje del día siguiente, que era domingo, oí que tres jóvenes franceses se lamentaban porque iban á verse privados de oír en tal día la Santa Misa. Pronto les consolé, y á la siguiente mañana celebré el Santo Sacrificio en mi aposento dormitorio. Eran los Sres. de la Fresnaye y el vizconde R. de Bonchamps, todos de Calvados, que habían venido en su propio yate para gozar con el espectáculo de las maravillas de Noruega. Como mi deber me llamaba más lejos, aquellos señores tuvieron la amabilidad de ofrecerse para acompañarme algún tiempo.

Mi vehículo ordinario era uno de esos ligeros calesines que el Estado pone á disposición de los viajeros, aun en las más apartadas regiones de Noruega, y en los que sólo cabe el cuerpo, á excepción de los pies, que tienen que descansar en estribos fijos: el cochero, por lo común un joven ó una muchacha, se sienta en una tabla que hay en la parte posterior, mientras el caballito noruego, que no conoce la fatiga, franquea montes y valles.

A algunos kilómetros de Odde pudimos admirar el magnífico ventisquero Buarbræ, inmensa cascada de hielo, rota por enormes puntas de peñasco, que baja de

lo alto del Folgefonden ostentando estalactitas, producto de su acción secular sobre el granito de su lecho (*V. el grabado, pág. 245*). Toda la península escandinava estuvo cubierta, en los tiempos prehistóricos, de ventisqueros, y puede decirse que la tierra arable del país está compuesta de los restos producidos y arrastrados por ellos. Aun hoy los ventisqueros de Noruega son los más grandes de Europa, por ejemplo el Jostedalsbræ, algo más al Norte que el Folgefonden, y que tiene mil doscientos kilómetros cuadrados de superficie.

Pronto el valle por donde corre el Grønsdalselv se angosta hasta tal punto, que con dificultad puede andarse junto al río y al pie de los peñascos que suben enhiestos hasta alturas vertiginosas, desde las que á cada paso cae en el precipicio una cascada ó se disuelve en ligera neblina antes de llegar al suelo. De vez en cuando bloques ciclópeos, que las heladas del invierno ó los terremotos han desprendido de los flancos de las montañas, nos cierran el paso, mientras que el río, trocado en espuma, se precipita de obstáculo en obstáculo para forzar la barrera. Los ingenieros se han visto obligados á hacer prodigios de arte para practicar un camino en aquel espantoso caos. (*V. el grabado al pie*). Es preciso verlos para dar crédito á las maravillas obradas por los ingenieros para dotar de ferrocarriles y carreteras á este país,

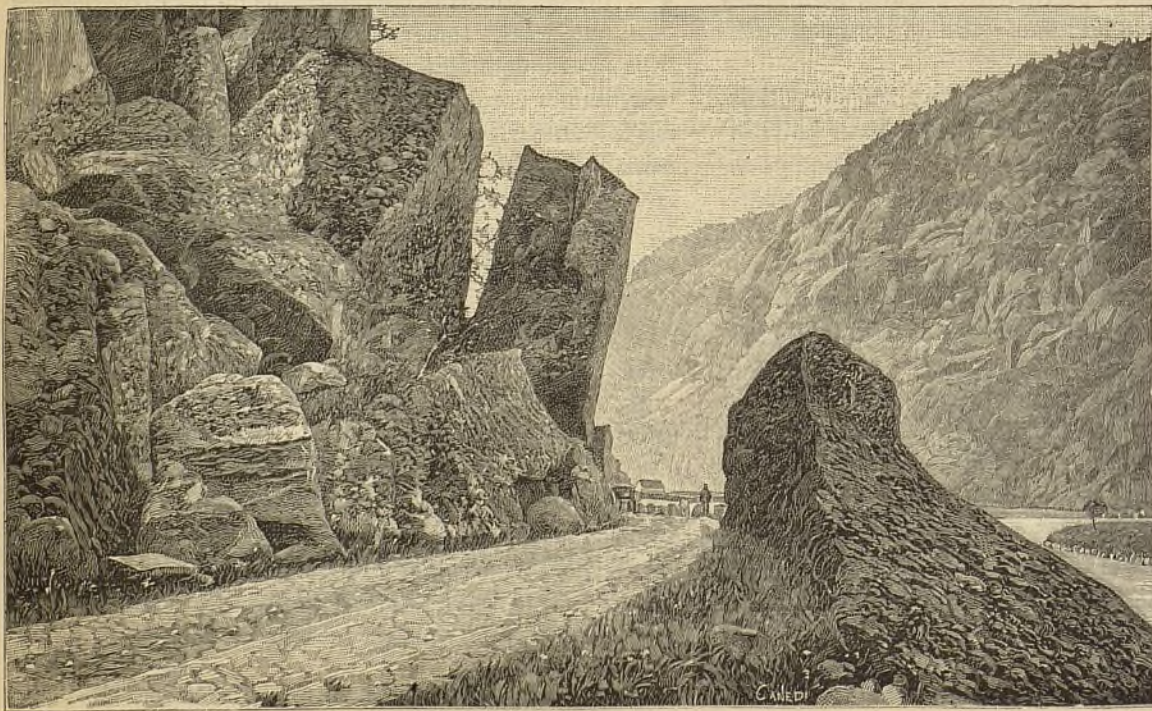


NORUEGA.—Almacén de comestibles en Telemarken. (*Pág. 253*)

cortado por multitud de montes y gargantas, y para unir los lagos por medio de canales. Parece que nada era capaz de detener su genio y audacia. Allí donde apenas el zorro se atreve á refugiarse para huir de manos del cazador, han puesto un soberbio camino; y á prodigiosas alturas sobre cataratas que hacen temblar el suelo, sin otro material que nuestro abeto, echan puentes de ferrocarril que de lejos hacen el efecto de un fino encaje.

Henos por fin en las tres cascadas grandiosas de Loftefos, de Skarsfos (*V. el grabado de la pág. 249*) y de Esplanadsfos. Saltando de grada en grada en un valle de encantador aspecto, vierten las aguas de tres torrentes distintos, y llenan el valle de neblina que ostenta los colores del arco iris.

En una casita para excursionistas, recientemente construída al pie de las cascadas, mis excelentes compañeros quisieron ro-



NORUEGA.—Camino de Groendal.

ciar nuestra despedida con una botella de champaña, y como el ruido de las cataratas apagaba nuestras voces, tuve que manifestarles por señas lo mucho que me complacía haber visto en tales sitios caballeros franceses y católicos.

Mientras que mis nuevos amigos regresaban á Odde, un calesín solitario bajaba á lo largo del río y á la sombra de los peñascos.

De trecho en trecho, pero á interminables intervalos, hay cortijos aislados. En Noruega son desconocidas las aldeas, pues tan escasa es en el país la tierra vegetal, que casi en ninguna parte se hallaría la suficiente para alimentar á cierto número de familias reunidas. Así los campesinos tienen que habitar cada uno en medio de su

plantas forrajeras, toda vez que la cría de caballos, vacas y carneros es la grande industria agrícola. Raras veces se ven huertos, porque el noruego se nutre casi exclusivamente de manjares de harina, leche, carne de sus rebaños, deliciosos pescados que abundan en sus ríos, en sus innumerables lagos y en el mar, de dantas, rengíferos, liebres, gallos silvestres, ortegas, y de considerable número de otros animales que pueblan sus bosques. En torno de este oasis cultivado, y separada de él por una sólida cerca, se extiende una segunda zona, ordinariamente cubierta de maleza y de bosques, y cerrada á su vez por una empalizada, donde los rebaños pacen en primavera, cuando las alturas están aún cubiertas de nieve. Fuera de este recinto comienza el *udmark*, ó sea los bosques, los matorrales y los pan-



GABÓN.— En una aldea del Ogowé. (Pág. 254)

propiedad, en granjas que con frecuencia distan muchas leguas unas de otras. Al rededor de la casa del propietario, comúnmente grande y dispuesta con una comodidad y lujo que ciertamente ningún extranjero sospecharía en aquellas soledades, se agrupan las habitaciones de los domésticos, los establos y las otras dependencias, cada una de las cuales ocupa edificio aparte, para evitar los estragos de los incendios, tan peligrosos por ser las construcciones de madera. (*V. el grabado, pág. 252*). El conjunto presenta el aspecto de una aldehuella.

Rodean el cortijo los campos en que se cultivan el centeno, la cebada, la avena y la patata, con el principal objeto de preparar la tierra á la producción de las

tanos, que se extienden á muchas leguas, hasta los montes cubiertos de perpetuas nieves. En estas alturas es donde el aire puro de las montañas y las oleadas de luz de un sol que nunca se pone, hacen germinar la tierna vegetación alpestre, cuyo perfume embriaga y de la que se nutren los rebaños. Durante todo el estío las vacas no entran en los establos. Por la noche el pastor las reúne en el *sæter*, cabaña sumamente rústica construída al abrigo de un peñasco, y la *sæterspige* (sirvienta) las ordeña, y fabrica en el acto la deliciosa manteca de *sæter* y los excelentes quesos que se venden en Inglaterra y aún en Australia.

La extensión de una propiedad rural noruega no se indica, pues, por hectáreas, sino por kilómetros cua-

drados. Abarca gran número de lagos y bosques de abetos hasta más allá de lo que alcanza la vista. Los baños y sobre todo los bosques son la mayor fuente de riqueza. Los abetos crecen muy lentamente, pero precisamente por esto su madera adquiere la solidez que constituye su gran valor. Los talan en invierno: la nieve y los ríos helados ofrecen caminos naturales para conducirlos al depósito, en la ribera de un río ó de un lago, donde cada tablón recibe la marca del comerciante que lo compra: desde allí las aguas deben acarrearlos en almadía ó en libertad, hasta el puerto marítimo, que los distribuye á todas las partes del mundo. Cada río y sus afluentes tienen una Administración especial, instalada por los comerciantes en madera asociados, encargada de regular el acarreo durante centenares de kilómetros, de hacer remolcar las almadías en los lagos, de facilitar el paso de los árboles en los sitios de poca agua, en las ríogolas construídas para evitar las innumerables cascadas donde se harían añicos, y por último separar al cabo de este prolongado viaje, con frecuencia de algunos meses, el lote de cada comerciante.

Compréndese que el propietario necesita un ejército de auxiliares para explotar su hacienda. Ciertamente mantiene gran número de domésticos; pero el obrero ó jornalero agrícola propiamente dicho no existe en Noruega. Sustitúyese el *husmand*, ó colono, á quien el dueño cede á título vitalicio cierta porción de terreno, en que construye su propia casa y que explota por su cuenta. Tiene derecho á recibir de los bosques de la propiedad la madera para combustible y construcción, y á pastar algunas vacas y carneros en los pastos de la hacienda. En vez de pagar el canon, se obliga á trabajar por el dueño determinado número de jornales. Las más de las veces la viuda del *husmand* conserva los derechos del marido; pero, después de su muerte, el propietario puede libremente disponer de la porción de terreno en cuestión, y obligar á los herederos á quitar la casa de madera, que, dicho sea de paso, es de fácil transporte: generalmente, sin embargo, uno de los hijos sucede de hecho á los padres. El *husmand* puede en todo tiempo rescindir el contrato é instalarse en otro punto.

Los propietarios son, pues, verdaderos príncipes en miniatura. Sin embargo, no pueden por su sola voluntad desmembrar las haciendas: antes de enajenar una parte deben estar autorizados por una Junta comunal, que decide si después de la partición cada lote es bastante grande y posee todos los elementos que hacen posible una explotación racional. Esta Junta fija también la nueva delimitación y el valor catastral de cada parte. Estos principillos rurales no sólo son ricos, sino verdaderos reyezuelos. Después de la abolición de los títulos de nobleza en 1821, ellos son en realidad quienes han reemplazado á los condes y barones, tanto en lo que atañe á la influencia política como respecto á la situación económica. Pero si nuestros aldeanos son altivos, tienen al mismo tiempo la generosidad de corazón del gran señor, y su hospitalidad no conoce límites. Esta virtud, por lo demás, es común á todos nuestros campesinos. En los viajes podéis llamar á la primera puerta que se os ocurra, en la seguridad de que

hallaréis mesa puesta y cama preparada. Esto sólo ha experimentado variación en las comarcas visitadas por los excursionistas, quienes, aquí como en todas partes, trayendo su dinero, dejan las malas cualidades de sus países.

EN EL BOSQUE

POR EL R. P. LEJEUNE

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

V.— Más sobre los fetiques (continuación)

EL *ndyali y'ogüera* ó *ndyali anana* es la superstición que ocasiona más víctimas entre galoas, adyumbas y enengas. ¿Enferma alguno súbitamente? Débese á que le hirió el *ndyali y'ogüera* (fusil nocturno). Las congestiones cerebrales, las parálisis, las afecciones del corazón, la epilepsia, los tumores y los cánceres son siempre lanzados por el famoso *fusil nocturno*.

En Europa los hechizos hacen perecer á ciertas familias de enfermedades de languidez. Un ramillete hechizado enloquece á la joven que lo toma en sus manos, quedando como posesa; un sapo oculto en el umbral de un establo causa la muerte al rebaño; ó bien un juego de cartas ó de dominó hace palidecer las mejillas más frescas y arruina la salud más robusta.

Aquí un palo dado á un árbol del camino ocasiona una llaga incurable; preséntase la gangrena, y ¡adiós vida! Una simple mirada engendra la lepra. Un dedo del pie de ciertos hombres causa la ceguera ó sordera á voluntad. El meñique de la mano izquierda sobre todo, tiene la propiedad de producir las anginas y la calentura cerebral, con todas las enfermedades á que puede estar sujeta la naturaleza humana.

Una suegra siempre es envenenada por su yerno y viceversa. ¿Muere de indigestión? ¿de un cólico? ¿de vejez? A él se debe, y sólo á él. Y apenas exhaló aquella el último suspiro, ábrenle el vientre; registranle el hígado, el corazón, el bazo y el cerebro para hallar el mortífero veneno.

Una gota de sangre cuajada, ¡esto es! un gusano intestinal, ¡no cabe duda! un alimento mal digerido, ¡evidentemente es el *ndyali*!

Falta conocer el causante, y naturalmente todo el mundo sospecha del yerno, de su madre ó sus esclavos. La prueba del *mbundu* sirve para descubrir al culpable; consúltase, pues, el *mbundu*.

Este es un arbustillo de raíz casi tan larga como el tallo: la piel de la raíz tiene propiedades embriagantes. Los acusados beben una decocción de ella en un vaso de agua, y aquel que cae en seguida, es considerado culpable.

La historia de Kera é Ikolo hará comprender la crueldad de estas costumbres paganas y el papel del *mbundu* en las enfermedades atribuídas al *ndyali y'ogüera*.

Cierto día que desempeñaba mi ministerio entre la tribu de los enengas, en la aldea de Alfonso Re-Ntye, uno de los primeros muchachos de la Misión, supe que allí cerca un joven de dieciocho años manifestaba deseos de recibir el bautismo.

—Escucha los lamentos, me dijo Alfonso; tal vez ha muerto ya. A mí me es imposible acompañarte, Padre mío, porque estando enemistado con el antiguo marido de mi mujer, temo me dispare un tiro de fusil. La casa del moribundo es la cuarta de la segunda calle á izquierda.

En menos de quince minutos crucé la parte del lago que nos separaba de la aldea.

—¡Buenos días, Padre! me saludaron por todas partes. Tenemos sumo gusto en verte. Ven á enseñarnos el Catecismo... ¿Buscas enfermos? gracias á Dios, no los hay aquí.

Y el jefe Ajojé me ofreció su mejor silla, y dispuso por sí mismo los bancos en su choza.

—¡Gracias, amigos míos! pero aguardad un instante que haya visitado á Renkele.

—Está muerto y enterrado, me dijo el jefe. ¿No ves como lloran su madre y su tía?

—Mientes, Ajojé, y es una gran vergüenza para un jefe mentir tan descaradamente. He aquí su ataúd, señal de que no está enterrado.

Y al mismo tiempo el muchacho Mathurin, que venía conmigo, y que es muy hábil en descubrir los enfermos que á veces quieren ocultarnos, oyó estas palabras que partían de la cuarta choza de la segunda calle: «¡Estoy aquí!» y estas otras pronunciadas por una mujer y en voz baja: «¡Silencio!»

—¡He hallado á Renkele! gritó el muchacho.

Y acercándose, oí á mi vez:

—¡Padre, ven á bautizarme!

Renkele estaba ya instruido, y mi tarea era fácil: excitarle á actos de contrición y amor, y derramar el agua regeneradora. Una hora más tarde, Renkele exhaló el último suspiro.

Mas he aquí que el día siguiente Alfonso vino apresuradamente á la Misión, y me dijo:

—Un crimen atroz se comete en este instante en la tribu de los enengas. Dos viejas, Kera é Ikolo, tías de Renkele, han sido acusadas de haberle echado el ndyali y'ogüera, y de haberlo comido durante la noche. Esta mañana el mbundu las ha designado como culpables, y quieren enterrarlas vivas con el cadáver de Renkele.

Con objeto de evitar este crimen me impuse una fatiga no liviana. Tenía que hacer dos leguas en piragua remontando la corriente, y arrastrar la embarcación por una lengua de tierra de cien metros que separa el río del lago Zilé, y buscar y hallar el sitio del bosque donde se enterraba á las dos infelices. Así, á pesar de la mayor diligencia posible y de la buena voluntad de todos, llegué harto tarde para ser testigo de la primera escena.

Kera é Ikolo, sujetas de pies y manos, fueron arrastradas á la fosa. Cargadas con todas las maldiciones de la multitud que aullaba, golpeadas por cada uno, iban á ser enterradas vivas debajo del ataúd del difunto, cuando llegó una piragua montada por un solo hombre armado

con un fusil y un gran cuchillo. Era Nkombe, hijo de Ikolo, que advertido de lo que ocurría, bajó durante la noche desde Njolé para libertar á su madre. Precipitose sobre la multitud gritando:

—¡Soltad á mi madre, ó hago fuego!

Quiso discutir; mas Nkombe apuntó al padre de Renkele.

Al momento todos corrieron á refugiarse en el bosque. Kera é Ikolo quedaron solas con Nkombe. Estaban salvadas.

Nkombe, que tenía que volver á su trabajo, dejó á su madre y su tía en casa de su suegro Zimpaga, creyéndolas allí en seguridad.

Por mi parte, ya nada tenía que hacer sino retirarme, no sin advertir á los indígenas que si repetían semejantes escenas, avisaría al comandante.

Zimpaga es uno de los primeros fetiquistas del país. Sobornado por Mbahe, madre de Renkele, hizo pasar nuevamente las dos viejas por la prueba del mbundu. Cayeron otra vez, y de nuevo Mbahe las encadenó y las condujo á la tribu de los adyumbas, en su familia materna, para que les diesen muerte su hermano Ashongi y sus sobrinos.

Era un domingo. Antes de la Misa mayor Alfonso me avisó de la suerte que aguardaba á Kera é Ikolo. Concluido el Oficio, embarquéme para Arsevoma, y me presenté en casa de Ashongi, hombre de unos cuarenta años, de maneras atentas y rostro franco, quien me dijo:

—Ya sé el objeto de tu venida: quieres á Kera é Ikolo. Nada temas; no se les quitará la vida; se han roto los hierros, y puedes verlas en libertad en mi casa: sólo se ha cerrado la puerta con llave, porque repetidas veces han intentado evadirse.

Al verme, aquellas infelices mujeres me mostraron el cuello, y pasando por él la mano, hicieron el gesto de cortarlo.

—Estad tranquilas, no os lo cortarán; yo, blanco, os lo digo; tened confianza.

Ashongi de ningún modo consintió en entregarme las mujeres, por temor á Mbahe, Zimpaga, Ajoje, y á las poblaciones adyumbas y enengas, que aguardaban impacientes el día de la ejecución.

Usar de violencia en aquel momento, era echarlo todo á perder; por lo tanto avistéme con los jefes de estas diversas tribus, y los adyumbas, ntyangas y afanginongos me prometieron su concurso, asegurándome que no darían muerte á nadie.

Luego me dirigí á la tribu de los enengas, á fin de avistarme con Ajoje y Ranoke, el principal jefe.

Ajoje estaba ebrio, y fué imposible sacarle otras palabras que éstas: «¡Dame aguardiente!» y Ranoke no estaba visible.

—¿Dónde están Zimpaga y Mbahe? pregunté á Ajoje.

—Han partido para Arevoma, me contestó, para matar á Ikolo y Kera, por haberse negado á ello los adyumbas.

Eran las siete, y estaba yo muerto de fatiga, sin haber tenido tiempo para comer ni rezar el Breviario. A las once no había concluido aún, y á la mañana siguiente, á las cinco mi piragua bajaba por el Ogowé.

Ashongi tuvo que sostener durante la noche una terrible lucha con Zimpaga y Mbahe.

Los dos jefes no le habían secundado, á pesar de su promesa, y la ejecución iba á efectuarse, cuando llegué de improviso.

La calle del pueblo estaba llena de gente: las mujeres, pintadas de rojo, daban fuertes alaridos, pateando y rasgándose las enaguillas: sólo se percibían estas voces: «¡Mueran las hechiceras!» Los hombres disputaban en medio de este tumulto: unos defendían á las acusadas, mientras otros se declaraban por Zimpaga el verdugo.

Apenas hube dado diez pasos por la calle cuando todas las mujeres corrieron á ocultarse. En breve sólo quedaron Zimpaga, Mbahe y Ashongi. Este último con las lágrimas en los ojos, verdaderamente quería salvar á Kera é Ikolo.

Mbahe, con la cara enrojecida por el tinte de santal y el cuerpo impregnado de lodo de pies á cabeza, pateaba y echaba espumarajos. Parecía una furia.

—¿Qué haces aquí? le pregunté.

—¿Qué te importa? ¿Acaso eres tú quien me da de

Adelantéme, y me interpose impidiéndole la entrada, dispuesto en caso necesario á hacer uso del palo.

Furiosa y despechada arrojóse al suelo, vuelto el rostro hacia la pared de una choza inmediata, y revolviéndose de desesperación y rabia.

Zimpaga estaba sentado en un rincón en un lecho de bambús, y fumaba en pipa junto á un vaso de vino de palma.

—Y ¿qué haces tú aquí, Zimpaga, con las orejas cortadas?

—Vengo para degollar á Kera é Ikolo.

Llevaba al cuello unos rosarios, al estilo de los cristianos. ¡Rosarios en el cuello de un asesino!

—¿Quién te ha dado estos rosarios?

—Quien era más que tú, el Ilmo. Bessieux, hace más de veinte años. Nada te importa.

—¡Cómo! ¡á mí, misionero, nada me importa!

Y en menos tiempo del necesario para decirlo le arrebaté los rosarios.

Zimpaga vació de un sorbo el vaso del vino de pal-



GABÓN.-- Extremo de una aldea del Ogowé

comer? ¡Mueran este año tú, tu madre y todos tus cristianos!

—¡Ah! ¡miserable! ¡quieres matar á tu hermana, sangre de tu madre, la misma sangre que la tuya!

—Sí, y no eres harto fuerte para impedírmelo.

Dicho esto levantóse, y fué corriendo hacia la cabaña donde estaban encerradas Kera é Ikolo, al mismo tiempo que vociferaba:

—¡Quiero ahogarlas!

ma, levantóse furioso, y quiso abalanzarse sobre mí; pero retenido por la mano vigorosa de un adyumba, fué á caer al lado de Mbahe.

Este sacrilego Zimpaga parece se servía del rosario en sus ceremonias fetiquistas, y dícese los llevaba al cuello cuando, queriendo deshacerse de su anciano padre, lo arrojó vivo en el lago Zile. Hoy ya no es tan fiero; le han cortado los trozos de oreja que le quedaban.

Este era el momento oportuno de libertar á Kera é Ikolo.

—Salid y seguidme; estáis salvadas.

—¡Ah! ¡Ah!

Y hacían otra vez la señal de que les cortarían el cuello.

—Salid, os digo, y aprisa: vendréis á la Misión, y os custodiaré. Nada temáis...

Me siguieron temblorosas á la casa de nuestro catequista Lorenzo.

A su vista los *olo!* *olo!* (¡bravo! ¡bravo!) resonaron por todas partes: trajéronles pescado, plátanos y yuca, y algunos toneletes. Los niños vinieron á abrazarlas: todo el mundo las felicitó y dió muestras de regocijo. Y eso que una hora antes esas mismas personas habían gritado:

—¡Mueran las hechiceras!

Así son los negros.

Niños grandes, mudables como el viento, y siempre del partido del más fuerte...

Al remontar el río la ovación fué general: disparábase los fusiles en señal de regocijo: momentos hubo en que el ruido de las descargas y de las aclamaciones era ensordecedor.

Kera é Ikolo permanecieron un año en la Misión. Pronto pudieron ser bautizadas y hacer la primera Comunión. Luego habiendo prometido todos los enengas, incluso Zimpaga y Mbahe, no atentar más contra su vida, volvieron á sus casas.

Hoy Ikolo vive sola, pues Kera pasó á mejor vida, al cielo, según presumo, pues oraba con mucho fervor.

Tales son los principales fetiques y las más terribles supersticiones de los negros del Ogowé. Aun tendría que hablar del *ndyembe*, que es el *yaci* de las mujeres, pero es tan inmoral, que no puede abordarse este punto. Basta decir que el Ilmo. Le Berre quería que se negase la absolución á quienquiera fuese simplemente á verlo.

El *buiti*, baile de los esclavos, y el *ikabo*, otro baile originario de las colonias portuguesas, son tan malos como el *ndyembe*.

Veamos ahora los fetiques pahuinos. El pahuino es al parecer menos supersticioso que las otras razas del país. Hay más fetiques, es cierto, pero en realidad no



COREA.—Tchoi-kieng-syen, jefe de rebeldes. (Pág. 263)

tienen verdadera confianza sino en su bravura, su astucia y sus armas. Si lleva encima de veinte á treinta pieles de gatos ó guanes, sólo es para demostrar que es buen cazador. Por cierta cantidad de tabaco vendería todas sus pieles, y si alguien le ofreciera un buen fusil, cedería gustoso su mismo *bieri*...

El *bieri* es el cráneo de un jefe, de un enemigo, ó en su defecto de un chimpancé ó gorila. Los ojos están embadurnados de rojo, el lugar de las cejas de blanco, las mejillas de color de sangre, lo mismo que la frente y la barba, salpicadas con algunos puntos blancos. Los dientes tienen una longitud desmedida, pues tienen cuidado de aplicar al cráneo una mandíbula que se monta y desmonta á voluntad.

Bieri es considerado como poderoso, toda vez que le corresponde dar la victoria en una batalla. Ofrecenle plátanos y algo de yuca, pero nunca pescado ó carne, como hacen los *ivilis* con sus *buitis*. La mujer que viese un *bieri* moriría, y así que oye pronunciar su nombre, debe prudentemente ponerse ambas manos delante de los ojos y retirarse.

Bieri está encerrado bajo llave en una caja, de donde sólo debe salir en tiempo de guerra.

El *acilefira* es el fetique que hace descubrir los ladrones, asesinos, envenenadores, y sobre todo las mujeres infieles á sus maridos. Comúnmente los guardan en el cuerno de un animal, en un diente de hipopótamo ó en una punta de marfil. Un pedacito de espejo pegado en esta suciedad deja ver un diente de víbora, que es la parte principal del fetique.

Cuando se quiere dar con un ladrón se coloca el *acilefira* en la calle del pueblo. El fetiquista se pone á su lado y observa el espejo.

Todo el mundo debe correr junto á este cuerno, y los que rehusan hacerlo son considerados culpables: si todos aceptan, al fetiquista toca ver la sombra del ladrón pasar por el espejo, y el diente de víbora es quien se la revela.

Fácil es comprender cuán inicua es esta manera de hacer justicia, y cuántas víctimas ocasiona.

VIAJE EN LA SIRIA SEPTENTRIONAL

A LAS RUINAS CRISTIANAS DE LOS SIGLOS IV, V Y VI

POR EL R. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXV Y ÚLTIMO

Arquitectura

Los monumentos que acabamos de recorrer constituyen un conjunto notable de documentos para la historia de la arquitectura, el más completo que nos legara la sociedad cristiana de los primeros siglos. Nos muestran en todos sus detalles, y durante tres siglos no interrumpidos, el desarrollo de un arte cristiano injerto en el arte antiguo de Grecia y Roma, que, transportado al Occidente y puesto al servicio de constructores hábiles, llenos de genio y de fe, contribuyó poderosamente á las maravillosas creaciones de la Edad media en Francia y países limítrofes.

El movimiento arquitectural religioso comienza después de la victoria del Cristianismo bajo Constantino (313), y se detiene para la Siria en el siglo VII. La Religión nueva, al ser dominadora, procuró primero servirse para su culto de los templos paganos, desiertos ya é inútiles. Así es como á fines del siglo IV, en un pueblo del Hauran al Sur de Damasco, en Chappa, un edículo pagano construido á la salud y victoria del emperador Probo, lo convirtió el obispo Tiberino en una capilla dedicada á San Jorge y compañeros Mártires (1).

Mas la *cella* de los templos paganos, única sala cerrada en su recinto, era generalmente harto angosta para las ceremonias y predicaciones del culto cristiano; además los fieles debían, por lo menos en los primeros años, experimentar alguna repugnancia por lugares tanto tiempo manchados con el culto de los ídolos: la inscripción de la iglesia de Ezra (2), en el Hauran, levantada sobre el emplazamiento de un templo pagano, lo prueba de un modo concluyente. Así, cuando tuvieron templos en su poder, por lo común los demolieron para construir con sus restos monumentos nuevos. Así es como la iglesia de Khirbet-Hass fué levantada en la segunda mitad del siglo IV en el solar y con los materiales de un templo pagano.

Más bien que instalarse en los templos, la Iglesia cristiana, como es sabido, escogió para celebrar su culto esos monumentos, que los antiguos llamaban basílicas, porque en ellos se hacía justicia en nombre del soberano. Convenían perfectamente á sus ceremonias, y apenas tenía que hacer cambio en ellas para apropiárselas. Tal fué el comienzo del arte cristiano en Siria.

A esos principios harto tímidos siguieron, en la Siria del Norte, la viva y espléndida expansión arquitectural de la que hemos admirado tan numerosos monumentos. El centro del movimiento, el foco del que emanó la vida que lo animaba, fué la ciudad de Antioquía, la ca-

pital del helenismo siríaco, la ciudad de Seleuco y de Crisóstomo, Antioquía «la bella,» como la llaman los autores entusiastas que en la antigüedad celebraron sus atractivos; Antioquía, la tercera ciudad del mundo, que sólo cedía á Roma y Alejandría en extensión, población y riqueza. Capital sucesivamente del imperio seleucida y de la provincia romana, sede del segundo patriarcado de la iglesia de Oriente después del de Alejandría, reinaba en nombre de la política, de la Religión y de las artes.

El arte griego, el arte por excelencia, satisfizo durante muchos siglos las necesidades artísticas del mundo conocido, cuando he aquí el Cristianismo apareció con exigencias nuevas y su inspiración superior. Los arquitectos de Antioquía, griegos por su educación artística y por todos los modelos que tenían á la vista, supieron inspirarse en la fe nueva, conservando mucho del arte griego, que tan bien correspondía á los hábitos de lujo y elegancia de la sociedad por la cual edificaban.

La evolución cristiana influyó más en las formas y los órdenes que en los principios y los métodos de construcción.

Los arquitectos que levantaron los innumerables monumentos de esta comarca, dice el Sr. de Vogüé, pertenecen á la buena tradición griega, menos por las formas que adoptaron que por los principios que aplicaron. No se halla ya en sus obras la delicadeza de gusto, ni la exquisita perfección de la época clásica; pero en cambio adviértese en ellas el espíritu lógico, práctico y sincero que inspiró las primeras producciones de la Grecia. Enemigos también de todo artificio de construcción, rechazando el empleo del mortero y de las grapas de metal, pidieron á las leyes de la estática las condiciones de estabilidad de sus obras y los principios de sus planos. Si tomaban de los órdenes griegos los motivos de sus decoraciones, y aceptaban de los romanos el arco y la bóveda, empleaban estos elementos con discernimiento sumo, quitando los miembros inútiles y subordinando sus dimensiones no á una regla uniforme de proporción, sino á la dimensión y naturaleza de los materiales puestos á su disposición, y al programa que debían desempeñar.

En eso se separan francamente de los arquitectos romanos, quienes, por una simple fórmula de proporción, adaptaban por vía de ensanchamiento ó de reducción las mismas formas á los monumentos más desemejantes, aumentaban ó disminuían á la vez columnas, molduras, hasta puertas y ventanas, y aplicaban rigurosamente todos los elementos del orden, aun cuando eran inútiles, como los fragmentos de arquitrabe interpuestos entre el arco y el capitel, y las cornisas salientes en el interior del edificio.

Los arquitectos grecosiríacos de la evolución cristiana, queriendo servirse únicamente de monolitos para las columnas y pilares, nunca excedían cierta altura, y daban á las aberturas dimensiones casi invariables, cualquiera que fuese por otra parte la grandeza del edificio. Cuando la columna no era suficientemente alta para el objeto propuesto, la colocaban sobre un pedestal, ó levantaban el arco que estaba destinada á sostener. En cuantos á los arcos, los apoyaban directamente

(1) Waddington, *Inscriptions grecques et latines de la Syrie*, n. 2158.

(2) *Ibid.*, n. 2479.

y sin intermediario en el capitel. Si el espacio que debía cubrirse excedía la longitud de las sillerías ó vigas, lo disminuían por el empleo de modillones ó por combinaciones de repisas y columnitas salientes, lo que no dejaba de ser una concepción atrevida. Determinaban la parte salediza y el perfil de las cornisas exteriores, no según los modelos admitidos, sino por la inclinación de los techos ó el derrame de las aguas. Hacían, en una palabra, buena y sólida arquitectura, en la cual la lógica más rigurosa presidía el empleo de los materiales: las formas exteriores no eran más que la expresión de funciones verdaderas, y la misma ornamentación se reducía á la decoración de las líneas necesarias.

Empleándose raras veces el arco en las casas, el carácter de su arquitectura es rudo; satisface el ojo, pero no lo encanta. Si el viajero experimenta una especie de contento á la vista de las habitaciones mejor conservadas, la impresión nace en parte del contraste con el aspecto agreste de estas soledades y las miserables habitaciones de las villas modernas de la comarca.

Aquellos constructores utilitarios con frecuencia daban un destino en el edificio á la cantera misma de donde sacaban los bloques. ¿Habían de construir una casa? Excavaban el subsuelo en la roca viva; ponían allí el establo, la cocina ó la prensa, y construían los pisos con los materiales de la improvisada cantera. Esta la convertían en otras partes en piscina ó patio de entrada de un sepulcro de familia. Lo más común era emplear las piedras con las dimensiones que tenían por azar de la extracción, de donde resulta que el aparejo de las paredes es muy irregular, ofreciendo sillares desiguales y juntas poligonales que las hacen confundir con las construcciones ciclópeas.

Sabido es que las relaciones simples entre las dimensiones de un edificio, ó solamente de un miembro de arquitectura, satisfacen la vista, como las relaciones simples entre el número de vibraciones de las notas simultáneas encantan el oído y constituyen el acorde. El arte griego escribió sus leyes en sus admirables monumentos, y Vitrubio las formuló en su tratado de arquitectura un siglo antes de Jesucristo. Nuestros arquitectos grecosiriacos de los primeros siglos cristianos les permanecieron fieles. Las iglesias que construyeron tienen generalmente una longitud doble de su anchura total, y esta anchura se descompone en dos partes iguales, una de las cuales se atribuye á la nave mayor, y la otra, por mitad, á cada una de las laterales.

Las alturas están sujetas á las mismas leyes. Así es que en una singular iglesia semioctógona que se ve todavía en Mudjeleia, y que tal vez no era más que un bautisterio, la altura de las columnas, comprendida la basa y los capiteles, es doble del intercolumnio medido de eje á eje, y la altura total del edificio, doble de la de las columnas. En las otras iglesias las relaciones son igualmente simples. La misma armonía en las dimensiones hallamos en los pórticos de las casas (1).

(1) Sirva de ejemplo la casa de Serdjella, de doble pórtico de columnas, de la que hemos dado el dibujo. La altura total del pórtico inferior, comprendidos el zócalo y el arquitrabe, es el doble del intercolumnio, y la altura del pórtico superior está con

En los monumentos religiosos el arquitecto no se contentó con establecer proporciones armónicas entre las dimensiones, pues quiso manifestamente que las dimensiones mismas expresadas con la unidad de medida en uso, reprodujesen números místicos ó sus múltiples, el número tres en recuerdo de la Santísima Trinidad, el siete de los días de la creación, de los dones del Espíritu Santo, de los Sacramentos, el número doce de los Apóstoles, etc.

La unidad de medida en uso era el pie griego de 0'308 metros, dividido en cuatro palmos y dieciséis dactilos. Si se mide con esta unidad la grande iglesia de San Simeón Estilita, encuéntrase que las dimensiones en elevación reproducen el número siete y sus múltiples, mientras que las dimensiones en plano dan el número doce y sus derivados. Añádase que cada uno de los tres brazos menores de la cruz tiene doce columnas y que tal es el número más común de ellas en las iglesias basílicas de la comarca (1).

En la iglesia octógona de Mudjeleia domina el número siete, mientras que la basílica de Betursa, en el grupo del Sur, prevalece el tres.

Después de haber atestiguado el mérito de esta escuela de arquitectura cristiana y la belleza de las obras que produjo, natural es preguntarse si su influencia se extendió fuera del Oriente. ¿Hay que atribuirle alguna parte en el renacimiento occidental del siglo XII, en la formación del arte francés de la Edad media?

Según el Sr. Viollet-le-Duc, durante el primer cuarto del siglo XII y á consecuencia de la primera Cruzada establecióse la corriente de imitación del Oriente al Occidente. Antioquía fué tomada por los cruzados en 1098, y vino á ser la capital de un principado franco que se mantuvo durante más de un siglo en la familia de Bohemundo. Los clérigos que seguían al ejército se instalaron en el principado en medio de las innumerables ruínas de su territorio, y volvieron luego á la Provenza y al Languedoc, donde se esforzaron en aplicar las notas y los dibujos que habían recogido en Ultra-

ella en la proporción de 3 á 5. En la planta baja el fuste de las columnas es dos veces más largo que en el piso: el módulo, esto es, la relación de la longitud del fuste con su diámetro medio, es 6, mientras que en el piso es de 3 $\frac{1}{2}$.

A la armonía de las proporciones se relaciona el frecuente empleo en el trazado de las fachadas del triángulo rectángulo cuyos lados están entre sí en la proporción de tres números consecutivos 3, 4, 5. Sabido es que los egipcios lo llamaban *triángulo perfecto*, y que Vitrubio lo recomienda especialmente á los arquitectos. Muchos frontones están formados de dos triángulos perfectos juxtapuestos, siguiendo el lado más pequeño: la altura del frontón es entonces de los tres octavos de su base.

(1) Altura de las ventanas de la claraboya superior.	7 pies
Orden superior completo, desde el friso al techo.	2 veces »
Columnas de las naves, comprendidos zócalo y capitel.	3 veces »
Desde el capitel de estas columnas al techo.	4 veces »
Intercolumnios, de eje á eje.	12 pies
Anchura de las naves centrales.	3 veces »
Desde el centro al fondo de los absidiolos.	6 veces »
Desde el centro al extremo de los tres brazos menores.	11 veces »
Longitud total de Norte á Sur.	25 veces »
Longitud de Este á Oeste.	28 veces »

mar. En una palabra, á la primera Cruzada y á las relaciones que creó entre Antioquía y el Sur de Francia débese referir la influencia de la Siria y el impulso fecundo que recibió el arte occidental á principios del siglo XII.

Todos los monumentos de la antigua Antioquía desaparecieron en los terremotos y las guerras: sus materiales han servido para edificar la pequeña ciudad moderna de Antaqiyeh.

Los edificios de la comarca que acabamos de recorrer y que podemos llamar el distrito alto de Antioquía, es casi todo lo que resta en Siria del arte cristiano, del que la gran ciudad fué el origen principal. Su número y su maravilloso estado de conservación permiten todavía admirar y estudiar, muy cerca de su fuente, la corriente que comunicó riqueza y gracia al arte árabe y transformó el arte de la Europa occidental, haciéndole pasar sucesivamente de la imitación galorromana y bizantina al estilo romano y á los esplendores de las formas góticas, bellísima expresión del arte cristiano.

OBRA DE LA SANTA INFANCIA

Si la lógica de los números es la más convincente, dice la Junta leridana el 1.º de Mayo último al dar cuenta de la inversión de fondos, la Obra de la Santa Infancia puede hacer constar por medio de ella, cómo responde al fin divino y hermosísimo de su institución. Un año y otro año, en los cincuenta y tres que ya cuenta, publica sus estados de recaudación de las cuotas de los socios y de las limosnas de los bienhechores, de la distribución de fondos entre las Misiones de ambos mundos, y de los resultados obtenidos en el rescate, bautismo y educación de niños de infieles.

En dichos cuadros puede verse el ímprobo é inmenso trabajo que supone en los directores y celadores la recaudación anual, por limosnas pequeñísimas y de diócesis y parroquias de casi todo el orbe, de una suma que en el último ejercicio de 1894-95 llegó á 3.608,535'08 francos; puede admirarse asimismo el ilustrado celo de los individuos del Consejo General en la equitativa distribución de dicha cantidad entre 171 vicariatos,

prefecturas y Misiones; y más que todo esto, alabar y bendecir á Dios y amar y favorecer nuestra Santa Obra, al leer que con el expresado capital ha sostenido 747 hospicios, 3,357 escuelas, 424 talleres, 179 alquerías, 1,223 farmacias, y que ha bautizado en dicho año 526,106 niños y educado á 169,066.

¿No es esto maravilloso? ¿No es elocuentísimo en favor de la Religión de Jesucristo y de los que la practican en espíritu y en verdad? Cuando el agio, la prevaricación y el dolo minan por su base empresas colosales y poderosas, administraciones y organismos, Corporaciones y Sociedades constituidas para fines terrenos, he aquí una Asociación brillantísima, modelo de desinterés, de abnegación y de sacrificio. Sus miembros directivos inspiran de verdad la más segura confianza; son dignatarios de la Iglesia, de la nobleza, de la ciencia y, sobre todo, de la caridad: sus cooperadores, inocentes niños y los amigos de los niños; y sus miembros activos son los apóstoles de Cristo, las vírgenes del Señor, las Hermanas de la Caridad.

Los excelentes resultados que esta Obra ha alcanzado, podrían llegar á ser mayores todavía si los socorros que ella reclama estuvieran á la altura de las necesidades de los niños abandonados, de la abnegación de los que trabajan por asegurarles la vida de la gracia, y del fin de tan benéfica Asociación.

El fin que se propone la Santa Infancia es la extensión y propagación del reino de Jesucristo; y ella es el mejor medio para alcanzar este objeto. Para acabar con el Cristianismo, la impiedad ha pensado que lo mejor es apartar á la niñez de la acción de la Iglesia. Para

oponerse á tan diabólico plan, y compensar al Divino Jesús las pérdidas de almas que causa la propaganda del mal, ¿qué es lo que hace la Santa Infancia? Recoger en los países infieles los niños abandonados, bautizarlos, rescatarlos é inoculándoles la enseñanza cristiana, preparar generaciones de adoradores del verdadero Dios, que reemplacen á los pueblos degenerados por las pasiones y degradados por un salvajismo culto.

Para esta Obra de generación cristiana está destinado el modesto óbolo de la Santa Infancia. Luego bien se puede decir que nuestra Obra emplea el mejor medio posible para extender el reino de Dios, y que es una de las más excelentes entre las obras católicas.



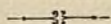
COREA.—Su-han-Gyung. (Pág. 263)

¡Qué maravilloso designio! Cuando la avaricia y el egoísmo han invadido la tierra, desterrando de ella hasta el pensamiento del cielo; cuando multitud de hombres obran hoy como verdaderos niños, quiere Dios que los párvulos bienhechores de la Santa Infancia obren como hombres. Ya en su tiempo decía el gran canciller Bacon: «Los reyes son verdaderamente responsables de no procurar por medio de sus armas y riquezas la propagación de la Religión cristiana.» Y ya que los Gobiernos se desentienden hoy más que nunca del deber de llevar é introducir la verdadera civilización allí donde no existe, á los niños católicos toca desempeñar actualmente este papel tan magnífico.

En vosotros ha puesto Dios sus miras, jóvenes asociados; sed fieles á vuestra misión, y así ayudaréis á Jesucristo á salvar las almas. Al procurar á nuestra amada Obra los recursos necesarios para formar nuevas familias cristianas, le ayudaréis también á preparar al apostolado, como lo hace ya en bastantes Misiones, á jóvenes seminaristas, teniendo presentes estas palabras del Papa Inocencio XI á un obispo de la China, el ilustrísimo Pallu: «Sabed que nos gustaría más veros dar las sagradas órdenes á un indígena, que bautizar cincuenta mil infieles.»

Nuestro Santísimo Padre León XIII, en vista de las doctrinas hoy en boga, y cuya aplicación á la enseñanza de la juventud pone en gran peligro la civilización europea, desde el principio de su pontificado dirige sus miradas hacia los ochocientos ó novecientos millones de idólatras que no han recibido aún la buena nueva del Evangelio, y repetidas veces ha recomendado las Obras destinadas á llevarles la antorcha de la luz evangélica. El Soberano Pontífice hace con frecuencia apremiantes llamamientos á los Obispos y sacerdotes, invitando á unos á favorecer las vocaciones apostólicas, excitando á otros á no renunciar la elección que de ellos ha hecho el Espíritu Santo, designándoles para trabajar en la viña del Señor, y exhortando, en fin, á todos los fieles á cumplir con su deber socorriendo las Misiones católicas por medio de la oración y de la limosna. «Que á la oración se añada la limosna, cuya eficacia es tal que hará de los más alejados por la distancia y de los más ocupados en otras cosas, *los coadjutores de los hombres apostólicos y los socios de sus trabajos y de sus méritos*. (Encíclica *Sancta Dei civitas*).»

SAN ANTONIO ENTRE LOS ORIENTALES



GRÁFICA y admirable, como todas las suyas, escribe desde Jerusalén en Diciembre último el P. fray Ramón G. Muiños, O. M; es la expresión de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII al llamar á nuestro gran Taumaturgo Paduano *Santo de todo el mundo*. Siempre se ve con asombro la exactitud de ese dictado escrito en honor del héroe Franciscano más conocido y más popular en Europa y ambas Américas, ya se lea su vida maravillosa, ya se contemple esa multitud de prodigios obrados con toda suerte de personas, ya se atienda, sobre todo, á la devoción universal que se le profesa en todos los pueblos civilizados cristianos,

devoción que adquiere cada día mayores proporciones con la inusitada propagación de la *Pía Unión*, fundada hace apenas dos años por el reverendísimo Padre General de nuestra Seráfica Orden. Pero suben de punto la admiración y el asombro cuando se ve palpable, como yo lo he visto, que no sólo entre los católicos del Occidente es conocido, respetado y amado el Santo de Padua, sino que también lo conocen, respetan y aman los católicos del Oriente, los árabes católicos, como nosotros les llamamos, y se encomiendan fervorosamente á su valiosa protección ante Dios, haciendo votos que no serían fáciles de cumplir en medio de nuestra moderna sociedad.

Bajábamos del convento de San Salvador al Santísimo Sepulcro uno de los primeros días de nuestra estancia en Jerusalén, y en medio de aquel remolino de gentes de distintos países, trajes, colores y lenguas, que desde el amanecer invaden las principales calles de la Santa Ciudad, vimos, como por ensalmo, delante de nosotros un niño de siete á ocho años, vestido como un verdadero fraile franciscano, con su hábito color café, cuerda blanca, capucha, y creo que también sandalias en los pies, si bien de esto último no puedo certificar absolutamente. Como era natural, nos llamó la atención ver á aquella hora, en aquel lugar y solo, un fraile tan diminuto; máxime no conceptuando que perteneciese á la numerosa Comunidad de San Salvador. Pero, como sucede siempre que uno se halla entre gentes extrañas, pasamos adelante celebrando el encuentro, no sin fijar una vez más la vista en la forma del hábito y otros detalles, por si la primera impresión nos había hecho equivocar.

Afortunadamente no nos engañaron los ojos. Cuando se nos ofreció ocasión de hablar con nuestro dragomán, pudimos averiguar á fuerza de preguntas que *eso era muy común en Oriente* (léase en Palestina y donde han visto *Religiosos francos*, como aquí se nos llama á los de la Cuerda blanca).

¿Y qué significado tiene esa costumbre, eso tan común en Oriente? El siguiente:

Cuando un matrimonio católico tiene un niño enfermizo, con una de esas dolencias pertinaces que diezman familias enteras, acude al *Santo de los milagros* en demanda de un remedio que la emulsión Scott, el aceite de hígado de bacalao, ni otra pócima alguna son capaces de causar; y para alcanzar mejor el cumplimiento de sus deseos ofrecen *vestir de San Antonio* al niño enfermo, con lo cual cren ya infalible la curación de éste. No les salen fallidas sus esperanzas, pues sucede muy á menudo que inmediatamente después de emitida la oferta, comienza el raquítico enfermo á desarrollarse y arrojar de sí el mal que le consumía insensiblemente.

Lo saben muy bien todos los católicos, y de ahí que no sólo en este caso concreto de enfermedad, sino en cualquier peligro grave de sus hijos acuden á San Antonio con la citada ú otras promesas, según la peculiar devoción de cada uno; siendo muy excepcional el caso, no sé si se podrá contar uno, en que nuestro Santo se haga sordo á los clamores de la necesidad y de la tribulación.

Me contaron, recién llegado yo aquí, que no hacía aun muchos meses, un señor muy conocido en Jerusa-

lén había perdido á un hijo suyo muy amado de todos por su hermosura y excelentes prendas de carácter. Conocida la falta, inmediatamente se pusieron en juego todos los medios que parecían conducentes al fin de encontrarlo. Todos fueron ineficaces. La madre del niño se deshacía en lágrimas de amor y dolor intensísimo, el padre excogitaba con amigos y parientes medios más seguros de éxito que los primeros para dar con el paradero de su precioso vástago. Por fin, apurados todos los recursos humanos y naturales, se acudió á los sobrenaturales y divinos. Entre súplicas y angustias innarrables, hicieron un voto á nuestro San Antonio (no me consta con certeza en qué consistió, y por eso no lo consigno), que inmediata y *maravillosamente* hizo aparecer el niño, que ya muchos creían perdido para siempre.

Explicaré el superlativo subrayado, y pasaré á otro asunto. Maravilloso y aun maravillosísimo he llamado al hallazgo de aquel infeliz, amarrado ya en la puerta de un molino perteneciente á los judíos. Uno de estos infames que pasaba caballero en un jumento, viendo jugar al niño delante de la casa de sus padres, le invitó á montar, ejercicio á que son muy aficionados los niños árabes. El chico montó proponiéndose dar un hermoso paseo, pero cuando ya se hallaba en las afueras de la ciudad le fué imposible apearse, porque el hebreo le sujetaba brutalmente, animoso de llegar á su molino con aquel trofeo de su astucia y odio hacia los cristianos. El objeto que se proponía ya se adivina, teniendo en cuenta datos preciosos que plumas de más vuelo que la mía han dado á los lectores de *El Eco Franciscano*: sacrificarlo de la manera más salvaje y aprovechar su sangre caliente para amasar el famoso pan pascual. San Antonio, repito, por las oraciones y votos de sus padres libró á aquel inocente de la muerte traidora y atroz que le estaba preparada, pudiendo aplicarse á sí mismo aquellas hermosas palabras del Profeta Rey: Mis enemigos, que son los enemigos del nombre cristiano, me prepararon cautelosamente una celada; pero San Antonio me libró de los lazos de aquellos brutales y obcecados judíos. *Laqueum paraverunt pedibus meis. Quoniam ipse liberavit me de laqueo venantium* (1).

De hechos, que acreditan como éste la perfidia judaica, podría contar muchos más, pero no es éste el objeto que me he propuesto hoy.

Se acentúa más la admiración que causan las transcritas palabras del sapientísimo Pontífice reinante, al contemplar que no son únicamente los católicos árabes amantes del insigne Taumaturgo; que también los sectarios de Focio, los cismáticos todos, sea cualquiera la secta á que pertenezcan, y aun los mismos musulmanes profesan á nuestro Santo un cariño y una veneración que podrán ser supersticiosos, como quieren algunos, pero que acreditan que es irrevocablemente San Antonio *el Santo de todo el mundo*.

El día 13 de Junio es indescriptible, según me han contado, el entusiasmo y la devoción, externa al menos, con que celebran todos la fiesta del Santo. Acuden los cismáticos con velas y otras ofrendas á nuestras iglesias; piden los embaucados hijos de Mahoma peda-

zos de cuerda, solideos y otras prendas de vestir que hayan usado los Franciscanos, para aplicárselas á sus enfermos ó guardarlas cual preciosas reliquias. Baste decir, que siendo el principal y único decisivo aserto del musulmán jurar por sus propias barbas ó por las de su padre, en algunas de estas regiones, cualquier cristiano que celebra contrato con un turco puede jurar por San Antonio, en la seguridad de que el turco se dará por satisfecho y seguirá adelante el contrato.

¿Y no podemos estar orgullosos los Franciscanos contando en el número de nuestros Santos uno que no sólo es conocido y querido por nosotros, por los latinos, por los católicos todos, sino también por los que no pueden oír el nombre sagrado de católico-romano, y por los mismos sectarios del Profeta de la Meca?

CRÓNICA

Roma.—De *motu proprio* con fecha 19 de Marzo, publicado hace sólo algunos días, el Papa ha arreglado las relaciones entre los Delegados apostólicos y los Patriarcas de Oriente. A fin de que su acción alcance á los intereses religiosos en Oriente, el *motu proprio* dispone que los Patriarcas tengan dos veces por año reuniones con los Delegados apostólicos.

Tres puntos son especialmente señalados en el documento pontificio á la solicitud de los Delegados y Patriarcas: la marcha regular de los Seminarios, los medios de mantener y aumentar las escuelas públicas, y la propaganda de las doctrinas católicas por medio de publicaciones periódicas.

Por fin el *motu proprio* recomienda á los Delegados apostólicos que provean para que la obra de los Superiores de las Misiones proceda de pleno acuerdo con la de los Patriarcas, y que sean igualmente observadas las disposiciones ya indicadas por la Constitución apostólica *Orientalium Dignitas* de 1894.

Indostán.—El Ilmo. Medlycott, obispo de Tricomia y vicario apostólico de Turchur, Malabar, llegó á San Francisco de California el mes pasado y fué hospedado en el palacio arzobispal por el Ilmo. Riordan. Después de haber recorrido los Estados Unidos, S. Ilma. vendrá á Europa desde donde volverá á su grey. Los trabajos arduos de su penoso ministerio han agobiado las fuerzas del Prelado, y viaja con la esperanza de recuperarlas. El ilustrísimo Medlycott asegura que desde el punto de vista religioso, la Iglesia católica ocupa un puesto preeminente en las Indias británicas, y que la actitud del Gobierno británico en las Indias no es hostil á la Iglesia católica.

Así las escuelas católicas á menudo reciben socorro para la construcción de sus establecimientos y para su sostén. Durante los ocho años de su gobierno, el Ilmo. Medlycott ha abierto 200 escuelas primarias á las cuales asisten 12,000 niños de ambos sexos. Puede dar una ligera idea del trabajo que pide esta gran Misión, el saber que desde 1888 á 1895 dicho señor Obispo confirmó á 27,000 personas. La población católica de las Indias es de cerca de 2,000,000. Hay 800 misioneros europeos esparcidos por las diferentes diócesis y que están asistidos por cerca de mil sacerdotes indígenas. El Ilmo. Medlycott tiene bajo su jurisdicción sólo dos misioneros europeos y 120 sacerdotes indígenas.

Hay muy pocos europeos en los límites de su Misión de Turchur, que sólo en 1887 fué constituida vicariato apostólico. La población total de su Misión es de 700 á 800,000 almas, de las cuales 112,000 son católicos. La población pagana de la Misión se compone principalmente de indios, y decía el Ilmo. Medlycott: «Mucho se podría hacer para convertirlos si tuviésemos recursos más abundantes, pues sólo me ha sido posible abrir un catecumenato en el cual los neófitos son alimentados, vestidos é instruidos antes del bautismo.»

(1) Psalm. LVI, 6, et xc, 3.

China.—Las Misiones católicas de China deben ser de un interés especial para cada miembro de la Iglesia, dice un autor. Pero los católicos bien instruidos ignoran á veces que no hay una sola provincia en el vasto imperio chino en donde á costa de mil trabajos y con peligro de su vida, los Obispos y sacerdotes de la Iglesia católica no hayan establecido cristiandades chinas, que en muchas partes están bajo la dirección de sacerdotes chinos. Y no existen solamente en las costas y en las partes bajas de los grandes ríos, donde las banderas europeas detienen en alguna manera los arrebatos del fanatismo chino.

Más lejos aún de los confines del desierto, á través de la gran muralla, en el centro de las provincias montañosas de Asia, se encuentra al misionero católico.

Un pasaje de los *Viajes* de Cooper, prueba esto con evidencia.

Llegado á una ciudad remota de la provincia de Yun-nan, el descubridor protestante fué hospedado en la Misión católica. A la mañana siguiente un cristiano indígena vino á avisarle que luego se decía la Misa. El buen chino no tenía duda que cada hombre de raza blanca debía ser católico: «No tuve valor para desengañarlo, escribe Cooper; fui á Misa, y cuando contemplé esta pequeña grey de cristianos indígenas al rededor del humilde altar en esta parte remota del mismo corazón de Asia, no pude menos, aunque protestante, de rogar con fervor por el éxito de las Misiones católicas en China.»

Al principio del presente siglo había muy pocos sacerdotes en China; y la persecución no cesó sino en 1860, con el tratado de Pekín, y después que gran número de misioneros hubieron dado su vida por la fe, algunos en los mas horribles suplicios. En los treinta y cinco años últimos el progreso ha sido general y constante en las Misiones chinas. Veinticuatro vicariatos apostólicos se han establecido desde entonces. Y no hay que suponer que la Misión sólo tiene influjo sobre los ignorantes. El colegio de los Jesuitas de Zi-Ka-wei, cerca de Nankín, es centro principal de educación en China. El barón Hubner en la narración de su viaje al rededor del mundo, nota que la primera clase de este colegio habla con igual facilidad el chino, el latín y el francés. El colegio enseña á sus alumnos los clásicos chinos y los prepara para los exámenes del Gobierno. Es sabido también cuánto su observatorio y su museo han contribuido á propagar la creencia europea en el *País florido*.

Permítasenos hacer alusión á lo menos á los trabajos fructuosos de las Hermanas de Caridad, de las Clarisas y de otras Órdenes religiosas cuyos huerfanatos, hospitales y escuelas son un socorro tan poderoso para las Misiones de China.

Los misioneros y las Religiosas belgas que tuvieron que sostener la reciente persecución en Mongolia, estaban trabajando entre la gran muralla y las orillas del desierto de Shamo. Quisieran los misioneros católicos adelantarse más al Norte aún en esa dirección; pero en la frontera rusa todo progreso es imposible.

Corea.—A la lista ya tan numerosa de viajeros protestantes que se hacen lenguas de nuestros misioneros en países de infieles, añadamos el nombre del Sr. Ernest Von Hess Wartegg, quien escribe desde Seul, Corea, lo que traducimos á continuación, después de haber hablado del lujo con que viven los misioneros protestantes:

«Sólo los misioneros católicos viven modestamente; pero su trabajo es mucho más duro, mientras que el éxito que tienen es diez veces mayor que el de todos los demás misioneros tomados en conjunto, y son queridos diez veces más que ellos. De eso tuvimos una prueba inequívoca con ocasión de dos funerales que se celebraron aquí el año pasado.

«Falleció el misionero metodista, y nadie dijo nada acerca de esa muerte, ni se mostró impresionado, ni siquiera en el seno de la colonia europea. Finó un misionero católico, y miles de coreanos acompañaron sus restos mortales á la sepultura, siendo general el duelo causado por tal pérdida. Por doloroso que sea á protestantes de corazón ardiente, tenemos que decir la verdad, tal como se manifiesta á todos los europeos con quienes he conversado en Corea.»

—El padre del rey actual de este país, durante la minoría de aquél, gobernó la nación y persiguió cruelmente á los cristianos. A él fueron debidos el arresto y ejecución de dos Obispos y siete misioneros martirizados en 1866, y una persecución encarnizada de la que fueron víctimas unos diez mil fieles.

Depuesto por su hijo, tomó parte en algunas revoluciones, y le impuso un destierro de tres años. En otra sedición fracasada, en que iba de concierto con los rebeldes *Tong-haks*, ha visto preso á su nieto, que era la nieta de sus ojos, y condenados á la última pena á cinco jefes de las partidas. Véase el retrato de dos de ellos en las páginas 257 y 260, el primero en palanquín y el segundo custodiado por un agente de policía. Fueron conducidos presos á Seul, y estrangulados en la cárcel el día 24 de Abril de 1895.

Africa Occidental.—Un misionero de Victoria-Nyanza escribe:

«Hace algunas semanas, una mujer cristiana, casada, que hasta entonces había gozado de excelente salud, se presentó á mí con la cara llena de llagas. Al verla me extrañé de su repentina enfermedad, y ella me contó lo siguiente:

«—Estaba de rodillas delante de la imagen de la Santísima Virgen, y la dije: María, yo he cometido muchos pecados y no he hecho apenas penitencia de ellos. Enviadme, pues, una enfermedad; cualquiera que sea, la acepto voluntariamente en castigo de mis faltas...

«La cristiana continuó:

«—Ya estaba para salir de la capilla, cuando sentí grande ardor en todo el cuerpo y un fuego abrasador en los labios. Cuando llegué á casa iba cubierta de llagas. Viéndome mis parientes exclamaron: ¡Wo! ¡wo! Tú tienes el Kapotongo (el diablo).

«Enternecido por tal relación la dije:

«—¿Vendrás en busca de remedios?

«—No, Padre, no, replicó la africana; todavía podré sufrir unos dos meses, y si en este tiempo no me curo, entonces vendré á buscarlos. Ciertamente es que así no puedo entrar en la iglesia, pues me arrojan de ella; pero me arrodillaré fuera, y desde allí suplicaré á nuestro Dios, que lo mismo escuchará á los que oran dentro que á los que gimen fuera.»

Este hermoso rasgo muestra de lo que son capaces los nuevos cristianos de aquellos países.

¡Cuántas lecciones pudiéramos recibir de ellos!

Oceania.—Desde el 8 de Septiembre de 1845, que los dos primeros Siervos de María pusieron los pies en la apartada región de Samoa, hasta hoy, los misioneros católicos no han cesado de procurar la conversión de los infieles. Hay ya en esas islas como 27 estaciones apostólicas, muchos sacerdotes y más de 10,000 católicos.

Noticias varias.—Nuestro Santísimo Padre León XIII ha dictado la siguiente oración por la conversión del mundo entero:

¡Oh Salvador y Padre del linaje humano, Cristo Jesús! apresúrate, no dilates más el cumplimiento de lo que prometiste que con el tiempo habías de hacer, esto es, que después de ser levantado sobre la tierra, atraerías hacia Ti todas las cosas. Ven, al fin, y muéstrate á las innumerables muchedumbres que están todavía privadas del cúmulo inmenso de bienes que alcanzaste á los hombres con el precio de tu sangre; despierta á los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, para que iluminados con los rayos de tu sabiduría y de tu poder, en Ti y por Ti sean perfectos y consumados en uno.

—Un nuevo timbre de honor en Filología y Lingüística de los misioneros católicos, es el libro titulado *Ensayo de Gramática Hispano-Gualaica*, por los Padres Misioneros de Casanare, Manuel Fernández y Marcos Bartolomé, de la Orden de San Agustín.

Se ha impreso en Bogotá, capital de la nación colombiana, á fines del año próximo pasado.

VARIEDADES

CAPILLA DE LA VIRGEN SANTÍSIMA EN MATARIEH
CERCA DEL CAIRO

EN el Calendario eclesiástico de los coftos (*Sinaxarium*), redactado por el señor Obispo de Melige, se lee en el día 8 del mes cofto *Baouné*, correspondiente á nuestro mes de Junio: «Dedicación de la iglesia de la Virgen Madre de Dios en Matarieh, extramuros del Cairo, edificada en el mismo lugar en que la Virgen Madre, viniendo á Egipto con su Divino Hijo y con su esposo San José, descansó, é hizo milagrosamente brotar una fuente de agua pura.» Esta iglesia fué edificada allí en los primeros siglos de la Era cristiana, siendo muy venerada por los coftos de todo Egipto, los cuales celebraban cada año la fiesta de su dedicación.

Después que los mahometanos se hubieron hecho dueños del Egipto, en una de las grandes persecuciones ocurridas contra los cristianos hacia el año 720, quedó destruída dicha iglesia; mas cuando renació la calma, los cristianos edificaron una capilla en el mismo jardín aromático, donde hay la fuente en que la Virgen Santísima iba á menudo con su Divino Jesús para lavar sus pañales y la piedra sobre la cual dejaba á su amado Hijo, mientras los lavaba, y después los tendía para secarlos; y esta capillita al cabo de algún tiempo fué convertida en una casa espaciosa que encerraba la milagrosa fuente y servía de albergue á los peregrinos.

Según relación de los viajeros, esta casa era propiedad del bajá de Egipto, y había experimentado varias transformaciones y reducciones; y hasta algunos piadosos mercaderes de Venecia habían hecho revestir de mármol el depósito de la fuente, y abrir una hornacina pequeña en la pared, para colocar en ella la piedra sobre la cual había estado el Niño Jesús y los pañales. Después, el jardín aromático no fué sino un sitio de recreo y de placer para los habitantes del Cairo; sin quedar en él ni capilla ni algún signo religioso; de manera que el piadoso peregrino sólo podía arrodillarse por un momento al pié del árbol de la Virgen ante las miradas de los atónitos paseantes, y de los árabes que le seguían para recabar alguna moneda.

Actualmente se levanta una hermosa capilla de la Virgen muy cerca de la fuente y del árbol, sobre una roca que imita fielmente la gruta de Lourdes. Remata con una cruz y la imagen de la Virgen de las Victorias como dominando la bella llanura de Heliópolis. Dentro de la capilla se admira un cuadro, regalado por el reverendísimo General de los Jesuitas, que representa la Sagrada Familia descansando debajo del árbol, y la fuente que allí brotó. ¡Cuán consolador es poder besar aquel suelo pisado por María y José desterrados por un poderoso enemigo, rogar allí mismo donde rogaron ellos y meditar por algunos instantes lo que ellos tuvieron que sufrir; esto es: las fatigas del viaje, los riesgos de la pobreza y el desprecio de los mundanos!

El culto de la Madre de Dios se ha restablecido en Matarieh sin obstáculo, providencialmente. Llegados al Cairo los Padres de la Compañía de Jesús el año 1883 para formar el clero de la nación cofta, buscaron

una casita de campo. Se les ofreció en Matarieh, á ocho kilómetros del Cairo, el jardín del consuelo del árbol de la Virgen, muy conocido de los habitantes de la ciudad y de los viajeros. Los Padres Jesuitas vieron en ello la mano de Dios, que quería se conservasen en aquel punto los santos recuerdos que despertaba, y al momento compraron este lugar santificado por la presencia de la Sagrada Familia, con la esperanza de restablecer su culto.

Apenas se tuvo noticia de tan excelente adquisición, un piadoso desconocido, movido por los prodigios de gracia de Nuestra Señora de Lourdes obrados en Constantinopla á la vista de los mismos musulmanes, invitó á los Padres para construir una gruta de Lourdes, en su jardín de Matarieh. Envióles en seguida la imagen bendecida en Lourdes, algunas piedras de Massabielle y el modelo de la gruta, prometiendo costearlo todo.

Edificóse la capilla sobre la roca de la gruta, y se sube á ella por el jardín del Jefe. Un cercado rodea la roca, en el cual se entra por una puerta distante cuarenta metros de la fuente y cincuenta del árbol de la Virgen. Este será el jardín de la Virgen: en él se encontrarán juntas las plantas cuyo aroma, belleza y altura son, según el lenguaje de la Iglesia y de la Sagrada Escritura (*Eccles.* xxiv, 17, 23), como una imagen de las perfecciones de María. Ahí están ya el cedro, el ciprés, la palmera, el olivo, el plátano, el estoraque, el terebinto, la rosa y la vid.

Antiguas estatuas egipcias, mutiladas, de pórfido ó piedra calcárea, pregonan que al llegar allí Jesús, los ídolos de Egipto se derrumbaron y rompieron. Sobre una piedra encontrada en aquel sitio y cubierta de jeroglíficos, se encuentra un globo rematando en cruz.

En el interior hay muchos ornamentos y exvotos que atestiguan la piedad de los fieles y las gracias obtenidas. Entre otros hay una hermosa araña cuyos mecheros son huevos de avestruz, adornados artísticamente.

No se pasa día sin que reciba María en su capilla los homenajes de piadosos peregrinos. A menudo acuden allí las Comunidades del Cairo, las Conferencias de San Vicente de Paúl, los buenos soldados irlandeses, por ser el único punto de peregrinación cristiana en el moderno Egipto. Se temía, y con fundamento, que estas visitas excitarían el odio de los musulmanes contra los cristianos; pero no ha sucedido así; pues se han visto allí á varios musulmanes rogando extáticos ante el hermoso cuadro de la Sagrada Familia, que forma el frente del altar. Esto demuestra que la Santísima Virgen guarda aquel templo y aquel cuadro, y ha inspirado un principio de veneración y respeto á aquellos infelices sectarios de Mahoma, para que á su tiempo, que tal vez no está lejano, sea de nuevo venerada la Sagrada Familia en los mismos lugares que ella consagró con su presencia.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las víctimas de Armenia

F. F. 25 ptas.
(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona.